

## Hacia una recuperación del psicoanálisis en la psicología

Alejandro Ávila  
*Universidad de Salamanca*

En los umbrales del siglo XXI el lugar del psicoanálisis en la psicología ha de ser revisado, tras haberse superado suficientemente los dogmatismos de escuela imperantes en la segunda mitad del siglo que termina, bien los derivados del conductismo skinneriano entendido de forma harto reduccionista por algunos de sus discípulos, sorteado oportunistamente desde el radicalismo cognitivo, pero igualmente potenciados desde el aislacionismo en que el propio psicoanálisis se ha encerrado con bastante frecuencia. Las dos últimas décadas de este siglo vienen reflejando constantes ecos de una vuelta de la psicología hacia el psicoanálisis, en ocasiones para encontrar una justificación de los antecedentes de algunas posiciones defendidas en la psicología actual, otras veces como fecunda y oculta fuente de hipótesis para las numerosas preguntas que de continuo surgen en nuestra problemática ciencia psicológica.

Son muy numerosos los espacios de encuentro y diálogo posible entre psicología y psicoanálisis: la psicología cognitiva y el debate sobre el inconsciente; la motivación y la personalidad; la biología evolucionista, la etología y el desarrollo cognitivo y emocional precoz; los nexos entre cognición, emoción y representación; más los tradicionales campos de la psicología evolutiva en lo que atañe al desarrollo y organización de la personalidad a lo largo de todo el ciclo vital, o el tradicional ámbito de estudio psicopatológico, que desbordando el clásico ámbito de las neurosis ha ampliado su horizonte propio a los trastornos límites y a la psicosis.

La teoría psicoanalítica en la actualidad está confrontada con sus propias necesidades de profunda renovación y sustitución de algunos de los pilares de su edificio teórico, operación harto delicada ya que realizarla desde dentro implica grandes riesgos que nadie se atreve a protagonizar, y que acometida desde fuera es fácilmente considerada un ataque destructivo. La metapsicología freudiana, la teoría de la libido, las fases del desarrollo psicosexual, por citar algunos de los temas más relevantes, requieren profunda revisión, que incorpore tanto las evidencias derivadas de la investigación de múltiples ámbitos disciplinares como las nuevas aportaciones que desde dentro del psicoanálisis se vienen haciendo desde

hace décadas, coexistiendo con la versión oficial de la teoría. Basta con revisar las principales producciones ofrecidas desde la teoría de las relaciones objetales internalizadas, desde el enfoque intersubjetivo, o a partir de la obra de autores como D.W. Winnicott, O. Kernberg u otros para constatar un fenómeno más general, que incluye repercusiones que atañen tanto a la teoría como a las derivaciones técnicas que inciden en los tratamientos basados en el psicoanálisis.

Múltiples indicios convergen en subrayar la actualidad de esta recuperación del psicoanálisis para la psicología. Algunos son puramente formales aunque substantivos: La proliferación de las publicaciones de carácter psicoanalítico, recogidas en los sistemas de catalogación documental (v.g. *Psychoanalytical Abstracts*); la aparición de nuevas revistas dentro de los circuitos académicos tradicionales (v.g. *Psychoanalytic Psychology*); el crecimiento exponencial de la investigación psicoanalítica, tanto en la investigación básica de procesos básicos y del desarrollo, sobre el proceso terapéutico, sobre la técnica terapéutica, o en múltiples aplicaciones clínicas o no; un crecimiento que está siendo amparado por un mayor interés institucional dentro del psicoanálisis por la investigación, plasmado en una nueva estrategia de dotar fondos para apoyar la investigación en este ámbito. Al tiempo el espacio del psicoanálisis en el ámbito académico universitario consolida sus núcleos tradicionales y tiende a expandirse a nuevos centros que se convierten en focos de prestigio. Una tendencia que hereda los logros consolidados durante varias décadas de investigación en Departamentos Universitarios en Alemania, Suiza, Austria, Inglaterra, Francia, Estados Unidos, Canadá, a los que progresivamente se suman muchos otros focos prometedores en todo el mundo.

Contando con suficientes preguntas que responder, con mentes más abiertas a la discusión inter e intradisciplinar, en un horizonte de ensanchamiento de los márgenes del método científico, el espacio de encuentro del psicoanálisis con la psicología vendrá confirmado si no rehuimos la mutua responsabilidad de someter a crítica tanto lo que une como separa al psicoanálisis y a la psicología.

## REFERENCIAS

- Barron, J.W., Eagle, M.N. & Wolitzky, D.L. (1992). *Interface of Psychoanalysis and Psychology*. Washington: American Psychological Association.
- Poch, J. y Ávila Espada, A. (1998). *Investigación en Psicoterapia. La contribución psicoanalítica*. Barcelona: Paidós.
- Rodríguez Sutil, C. (1998). *El cuerpo y la mente. Una antropología wittgensteiniana*. Madrid: Biblioteca Nueva (Colección Quipú).

## Sobre la amplitud y diversidad de la neuropsicología actual

Lluís Barraquer Bordas

Director emérito del Servicio de Neurología

*Hospital Universitari de la Santa Creu i Sant Pau*

La *neuropsicología* nace en tanto que los neurólogos reconocen que se hallan en situación deficiente en el campo de los diseños experimentales destinados al estudio de las capacidades mentales y de sus instrumentaciones más vecinas –del orden del lenguaje, de la integración gestual, de las diversas capacidades mnésicas, de las aptitudes visuo-espaciales, del reconocimiento y categorización de las percepciones– y, más directamente, de sus disturbios, y en tanto que los psicólogos se hacen conscientes, por su parte, de que sus aproximaciones acerca de cuáles son las lesiones cerebrales y cuáles son los sistemas funcionales afectados en tales disturbios, quedan notoriamente cortas, traduciendo una mayor o menor ignorancia de las ciencias neurológicas. La llamada *neurología de la conducta* se superpone, en buena parte –tan sólo– con el ámbito global de la neuropsicología clínica. Ya en 1954, R. Mackay dio a conocer su visión personal que tituló *Toward a Neurology of Behavior*, pero fue sobre todo N. Geschwind quien profundizó y difundió esta idea (1962, 1965, etc.); reelaborando y expandiendo los puntos de vista de un neo-asociacionismo y, con ello, de los síndromes «por desconexión». reverdeciendo las concepciones de la Escuela neuro-psiquiátrica germana de los últimos decenios del siglo XIX y de principios del XX, así como los de J. Dejerine, en lo concerniente a las alexias. La inspiración básica de la neurología de la conducta es neurológica (Caine y Joynt, 1986), prestando menos atención a los aspectos propiamente psicológicos.

En el decurso de las dos últimas décadas el campo neuropsicológico se ha visto como «insuflado» por una pertinaz corriente y aun moda apelada «cognitiva»: el *cognitivismo*. Entendido este término en un sentido «puro y duro» resulta ser claramente reduccionista. Conviene tenerlo en cuenta, ya que hoy en día el término «cognitivo» –según comenta B. Lechevalier, 1994– se emplea *à tort et à travers*. Este mismo autor se expresa de forma matizada cuando reconoce, por una parte, que «el cognitivismo permite un análisis fino de los procesos de pensamiento que las tesis comportamentalistas habían ocultado», aunque advirtiendo, por otra parte, que la Escuela cognitiva «auténtica» «no toma en consideración ni las lesiones cerebrales ni la vida afectiva», al igual que hizo –nos importa hacerlo constar– la Escuela conductista rígida, tan en boga en nuestros ambientes hace unos veinticinco años. Hay que extraer un beneficio prudente de las «líneas cognitivas» –concluye Lechevalier–, sin ir en busca de los modelos en los ordenadores. El cognitivismo, se ha dicho, puede ofrecer una cierta sintaxis, pero no una semántica. Por su parte, O. Sabouraud, 1995 –en su magna obra sobre las afasias, etc.– señala que el cognitivismo es un *approche* teórico que niega

la especificidad humana, que ignora la disposición de (o el recurso a) los sistemas culturales, reduciendo toda la vida mental al conocimiento, de tal modo que, p. ej., las relaciones interhumanas –afectivas y sociales– son tratadas «como un juego de máquinas». No obstante, el propio Sabouraud señala que en la práctica clínica, hay neuropsicólogos cognitivistas que muestran tener en cuenta el cuadro de conjunto de sus enfermos...; algunos son excelentes clínicos, capaces de captar el hecho inhabitual, el trastorno inédito, de explicar y aun de comprender.

En cuanto al fundador del conductismo, B. Skinner, impactan las impresiones de una paciente autista de O. Sacks (1997), profesora universitaria de zoología, pero con un mundo afectivo defectuoso, gravado por singulares carencias, hasta el punto de autocalificarse de «un antropólogo en Marte» –lo que no deja de mostrar un humor lúdico–, y a quien el fundador del moderno conductismo le espetó: «No tenemos por qué saber cómo funciona el cerebro: es sólo cuestión de reflejos condicionados». La era de Skinner –comenta– «fue una era de excepcional crueldad». Por su parte, el teólogo moralista B. Häring (1994), acota que, «Skinner ha estudiado el enorme poder de la manipulación psíquica por medio de una dosificación más adecuada de la recompensa y del castigo». Su línea personal, añade, «habría sido el fin de la libertad auténticamente humana y creativa». Por su parte, el pensador argentino Mario Bunge (1994) opina –razonándolo previamente– que «el conductismo es obscurantista». Todo ello no quisiera ser una crítica sistemática y fuerte de quienes apliquen con ponderación en la práctica ciertos tratamientos inspirados en la *corriente conductista*. En cuanto a la actualidad de la *corriente psicoanalítica* podemos remitirnos a la recensión que publicamos en estas mismas páginas de la obra de P. Bofill y L.J. Tizón *Qué es el psicoanálisis* (1994).

Una revalorización atemperada del pensamiento de W. James sobre las emociones, puede ahora encontrarse en el libro de A. Damasio *El error de Descartes* (1996), el objetivo central del cual es resaltar el papel del cuerpo, del organismo no-encefálico, en la integración de las emociones y sentimientos. «No todos los sentimientos se originan de las emociones», opina este autor. Los sentimientos de fondo se originarían en estados corporales también «de fondo». Se subraya de este modo todo lo que ocurre y se siente «en las entrañas»: en el corazón, en el aparato respiratorio, en el digestivo, en la piel... Por ello Damasio puede titular uno de los capítulos de su obra «Un cerebro centrado en el cuerpo». No son totalmente ajenas a la línea de este autor las que inspiraron a Dolle (1979) –toda nueva centración epistémica es precedida por otra emocional, pática– y a Furth (1992), el título de cuya obra es *El conocimiento como deseo. Un ensayo sobre Freud y Piaget*.

Antropológicamente estas últimas consideraciones deben precederse, en cuanto a su nivel jerárquico, del trabajado *monismo estructurista o dinamicista*, desarrollado por P. Laín Entralgo a lo largo de la última década, partiendo del pensamiento del último Zubiri. Por lo demás, Laín es tolerante incluso con el uso de «alma» (véase J. Gómez Caffarena, 1997, en su contexto). Lo cual entra de pleno a las relaciones cerebro/mente.

Con todo ello, según salta a la vista, estamos muy lejos, no solamente de la postura rígida de Skinner, sino también del cognitivismo «puro y duro», más arriba aludido.

La tarea que concierne ahora a la neuropsicología clínica es la de extraer el mejor jugo de las diversas líneas de pensamiento y de trabajo a que nos hemos ido refiriendo, procurando integrar una serena profundización con una aproximación vivificante entre ellas —evitando con ello una burda «yuxtaposición»— atendiendo siempre a las realidades que la clínica muestre.

## Psicología de la salud: dos preguntas en busca de respuesta

Ramon Bayés

*Universitat Autònoma de Barcelona*

En los tres últimos años, en el campo sanitario, han surgido dos problemas de considerable trascendencia cuya solución, en mi opinión, depende en gran medida de los psicólogos, en especial pero no únicamente, de aquellos que trabajan en psicología de la salud.

Uno de ellos tiene su origen en el descubrimiento y administración de la denominada terapia combinada antirretrovírica a las personas infectadas con el virus de inmunodeficiencia humana (VIH); el otro, en los datos que nos proporciona el denominado Informe SUPPORT, en especial, los que se refieren a las condiciones en que mueren muchas personas aquejadas de enfermedades graves en los hospitales norteamericanos y, probablemente, también en los nuestros.

Con respecto al primero de los problemas a los que me refiero me gustaría destacar dos aspectos:

1. A pesar de que la terapia combinada antirretrovírica ha supuesto, por primera vez en muchos años, una esperanza real de mejoría para muchos enfermos de SIDA y personas infectadas con el VIH; sin embargo, el mundo biomédico empieza a darse cuenta de que, para que la misma sea plenamente eficaz, precisa de una *adhesión terapéutica* estricta ya que un cumplimiento en dosis subóptimas es susceptible no solo de producir efectos farmacológicos nulos sino de facilitar la emergencia de cepas de virus resistentes que pueden poner en peligro tanto la vida de las personas infectadas como la de aquellas otras a las que puedan transmitir estas cepas de virus a través de los denominados comportamientos de riesgo.

2. Aunque la importancia de la adhesión terapéutica no constituye un fenómeno nuevo en el campo de la salud, la experiencia acumulada en los tratamientos de otras enfermedades —tuberculosis, hipertensión, diabetes, asma, etc.— nos indican que, en este caso especial, las condiciones para que pueda darse una buena adhesión —imprescindible, como decimos, para la eficacia de la terapia combinada— son especialmente difíciles de cumplir: a) debe ingerirse diaria-

mente un gran número de pastillas en pautas complejas; *b*) su administración es de duración indefinida; *c*) puede dar lugar a la aparición de efectos secundarios nocivos; y *d*) el hecho de que se omitan involuntariamente algunas dosis, o de que se tomen voluntariamente, por parte de los afectados, unas «vacaciones farmacológicas», no suele conllevar para éstos una *percepción sintomática inmediata* de que, en el silencioso combate que se está desarrollando entre los componentes de su sistema inmunitario y los invasores víricos, están emergiendo cambios, posiblemente irreversibles y altamente peligrosos, a medio o largo plazo, para su supervivencia.

No deja de sorprendernos que, a pesar de que la adhesión terapéutica ha sido calificada por Friedland, responsable del programa sobre el SIDA de la Universidad de Yale, como «el talón de Aquiles de la terapia combinada», hasta el momento de escribir estas líneas (febrero de 1998) haya sido objeto de escasa atención en los congresos internacionales y publicaciones biomédicas especializadas. Por otra parte, es preciso mencionar que los instrumentos de evaluación de la adhesión terapéutica de los que hasta este momento disponemos —*a*) auto-informe; *b*) contaje de pastillas; *c*) marcadores químicos; y *d*) frascos con microchip de registro incorporados—suelen proporcionar datos de fiabilidad dudosa.

Personalmente consideramos que si bien el desarrollo farmacológico de la lucha contra el SIDA es una tarea esencialmente biomédica, la investigación de las estrategias para evaluar y mejorar la adhesión terapéutica —así como las intervenciones para modificar los comportamientos de riesgo— son problemas esencialmente psicológicos y deberían poseer, en los umbrales del año 2000, un interés prioritario en el ámbito de la lucha contra el SIDA. ¿Sabremos los psicólogos —tanto los investigadores como los clínicos— estar a la altura de nuestra responsabilidad?

En cuanto al segundo de los problemas al que queremos referirnos — el informe SUPPORT— debemos aclarar para los que no lo conocen que se trata de una investigación de gran envergadura realizada durante varios años en los hospitales norteamericanos con enfermos aquejados de enfermedades graves —bastantes de los cuales mueren en el hospital— y cuyos resultados son extrapolables a unos 400.000 enfermos hospitalizados que, anualmente, pasan, en este país, por la misma situación. De los resultados de esta investigación se deduce la existencia, en los hospitales más modernos del mundo, de un sufrimiento humano, parcialmente evitable, de considerables proporciones.

Esta triste realidad debe y puede, en gran medida, ser superada. Y para ello será preciso, entre otras cuestiones previas: *a*) proporcionar una definición operativa de sufrimiento; *b*) elaborar instrumentos clínicos para su evaluación; y *c*) disponer de modelos y programas multidisciplinarios de intervención que permitan paliar o eliminar dicho sufrimiento.

La muerte es un acontecimiento natural que nos iguala a todos los humanos pero el sufrimiento ante la muerte o durante las enfermedades graves, es subjetivo, y sus causas y su percepción son diferentes para cada uno de nosotros. Su análisis debe ser, por tanto, en nuestra opinión, esencialmente individual y psicológico, aunque no por ello poseer un menor rigor científico.

Dolor y sufrimiento no son términos sinónimos. Se puede experimentar do-

lor sin sufrimiento, dolor como fuente de sufrimiento, y sufrimiento sin dolor. Siguiendo una línea iniciada por Cassel, por una parte, y por Lazarus y Folkman, por otra, entendemos que una persona sufre cuando: *a*) percibe un estado, estimulación o situación como amenazador para su integridad física o psicológica; y *b*) se siente impotente, sin recursos, para hacer frente a esta problemática. Cuanto mayor es la importancia que confiere a la amenaza y mayor es la incertidumbre de cómo, cuándo y dónde hacerle frente, mayor es el sufrimiento. ¿Cómo debemos evaluar el sufrimiento? ¿Cómo podemos eliminarlo o paliarlo?

Quizás la aplicación al campo de la salud de una idea que aparece en la obra de William James (1890), nos puede permitir una evaluación, ética y sistemática, del sufrimiento del enfermo a través del conocimiento de su percepción subjetiva del paso del tiempo. Tal vez, asimismo, los nuevos modelos de intervención que están surgiendo puedan constituir una esperanza de solución. Pero el camino sólo está en sus comienzos, apenas esbozado.

¿Cómo mejorar la *adhesión* a los tratamientos antirretrovirales para conservar la vida de las personas infectadas por VIH y enfermos de SIDA? ¿Cómo conseguir conocer, evitar o *paliar el sufrimiento* en los enfermos graves o en situación terminal? Dos interrogantes abiertos, dos retos importantes para los psicólogos de la salud, en los albores del siglo XXI.

## Una mirada al futuro

Helio Carpintero  
*Universidad Complutense*

El hombre, dice Julián Marías, es un ser futurizo. Está abierto, orientado, tendente hacia el porvenir. Precisamente porque queremos ciertos fines, ciertas metas, es por lo que emprendemos unas u otras acciones.

Y la ciencia, la psicología, es un producto humano, y por lo mismo, también orientada hacia la solución de unas cuestiones hoy aún sin resolver, mañana tal vez desentrañadas y transparentes.

No es frecuente, con todo, que se nos pida un ejercicio de imaginación como el que el editor de este *Anuario* nos ha demandado, y al que estas líneas tratan de dar respuesta. Demasiado frecuentemente, la investigación sigue caminos trillados. Se aspira a resolver puntos sueltos de lo que ya está logrado, que se hallan aún en una cierta nebulosa, pero cuya clarificación se espera para enseguida, para pasado mañana. Y es bueno, es urgente, volver los ojos a metas más distantes, para saber qué es lo que realmente querríamos conseguir.

La psicología, a mi modo de ver, es la ciencia explicativa, natural, de los mecanismos que nuestra corporeidad posee con los cuales se lleva a cabo la existencia o vida biográfica de cada cual. La filosofía del siglo XX ha llegado a ver la realidad humana como una realidad dinámica, en situación, abierta al mundo, donde yo trato de realizarme y sobrevivir instante tras instante, imaginando mi futuro, interpretándome a mí mismo y a los demás como personas. Disponemos para ello de funciones varias que llamamos procesos psicológicos —la memoria, la imaginación, el pensar, la razón, el deseo, la ilusión, la esperanza...—. Y todo ello, siendo como es esencialmente humano, suponemos que es posible gracias al funcionamiento de ciertos elementos de nuestra corporeidad, y va asociado en muchos casos a determinadas estructuras del genoma, y del sistema nervioso, y de las funciones orgánicas, mientras que por otro lado va vinculado a las interacciones con los otros hombres y con los grupos sociales: la educación, la adquisición de una lengua, el sentido de la vida, los valores que impulsan hacia adelante...

Desde el surgimiento de la psicología, venimos asistiendo al desarrollo paralelo, raramente coordinado, de las dos grandes líneas de construcción del universo mental: la que va ascendiendo desde la biología y la genética, hoy extraordinariamente reforzada por las técnicas recientes de análisis de funciones neurales y cerebrales, y por el acceso paulatino pero creciente al banco de información contenido en el genoma, y, de otro lado, a la línea que desciende desde los estudios sociales, los análisis políticos, la interacción social. Con contactos episódicos, a veces más intensos en el marco del mundo animal, las dos líneas tienen todavía suficiente distancia entre sí para poder hablar lenguajes diferentes, con conceptos que no se relacionan en ningún sentido, y que parece posible compatibilizar con sólo suponer que son procesos «de diferente nivel de complejidad»...

Pues bien, pienso que la psicología que se haga el próximo siglo habrá de ser, como reitera entre nosotros José Luis Pinillos, una psicología de la complejidad.

Complejidad querría decir aquí, a mi ver, algo como lo siguiente. Querría decir disponer de cada persona la fórmula que enlace determinada corporeidad y psiquismo con determinadas previsiones de acción de futuro dentro de una perfilada tipología de situaciones. ¿Cuántas situaciones distintas dicen que integran el enorme tesoro del teatro clásico? ¿Cuántas situaciones-tipo determinan posibles y previsibles reacciones en un cierto tipo humano? ¿Y cuántos modos conocemos de cambiar una situación por otra, de modificar la percepción de la situación por una persona, y de influir técnica y deliberadamente en la reconstrucción del sistema personal de afectos y cogniciones con que se enfrenta al mundo?

Antes y más básico aún. La psicología surgió, desde sus comienzos, como un instrumento de insuperable eficacia al servicio de la educación. Desde ofrecer un conocimiento del educando, y de sus motivaciones eficaces, a mostrar las ventajas e inconvenientes de los procedimientos de aprendizaje, a potenciar la inteligencia (la inteligencia que se adquiere y que se pierde), la comprensión, la memoria, las posibilidades del pensamiento creativo, el uso diferenciado de la razón.



Empujados por un intelectualismo sólidamente establecido en el siglo pasado (las ideas rigen el mundo, decía Comte), hemos pasado casi como sobre ascuas en la educación de la voluntad. Por de pronto, hemos consentido no hablar de voluntad. (La psicología del siglo xx habrá de ser estudiada un día desde el punto de vista de los tabúes que ha aceptado de otras ideologías próximas o lejanas. El temporal destierro de la conciencia no ha sido el único, aunque haya podido llegar a ser el más grave y ominoso.) Pero, supuesto que hablemos de voluntad, hablaremos de energía, de tesón, de resistencia, de capacidad de autoafirmación, de dominio intra- e interpersonal, y con ello, de comportamientos absolutamente similares a los agresivos, a los autoafirmativos, sin los cuales cada individuo está sometido, de entrada, a voluntades y poderes ajenos. La psicología del siglo xxi habrá de ser una psicología del «ser libre» en los viejos sentidos de que los filósofos hablaron: libre *para* ser, y ser uno mismo, y libre *de* las presiones y de las opresiones externas que representan mecanismos de despersonalización y de inautenticidad.

La psicología del siglo que viene debiera llegar a ser una verdadera ciencia «etológica», como la llamara John Stuart Mill, una verdadera ciencia del comportamiento del individuo en situación, o, mejor, de la vida de la persona en situación —en situación histórico social, claro está.

La ciencia psicológica que poseemos va paulatinamente dando razón del «saber» psicológico vital de que disponemos, gracias a la experiencia de la vida y la posesión de un lenguaje, que interpreta el mundo, y que nos habla y nos permite hablar de intimidades, dudas, querencias, vacilaciones, saberes, deseos, y mil otros fenómenos más de que debieran tratar los tratados de psicología.

Innumerables autores, exquisitos pensadores, dijeron antes de ahora que había más psicología en Shakespeare, o en El Quijote, o en el mundo de Guermantes de Marcel Proust, que en los libros de introducción a nuestra ciencia. Pudiera ser. Pero sería hora de que eso comenzara a cambiar. La psicología científica del siglo xxi debería llegar a ser capaz de entender, explicar y reanalizar esa otra, la de Shakespeare y Proust, la de Maquiavelo y Bobby Fisher, la de *Cien años de soledad* o *Corazón tan blanco*, cancelando un abismo de separaciones que está ahí, demandando ser solucionado. Conciliar a Proust con el genoma humano, entrenar y ejercitar al hombre para que sea verdaderamente persona, son tareas que ilusionan como metas del saber para un siglo que empieza ya a asomar el rostro. Un saber que permitiría dar unos pasos positivos y eficaces a la hora de evitar el abandono, la depresión, el fanatismo, la deshumanización.

No todo está en la mano de la psicología, bien lo sé. Incluso, llegado el caso, tendrá la psicología que dejar ciertas decisiones en manos de la ética, del consejo moral, de la reflexión y decisión últimamente personales. Pero la psicología del siglo xxi puede llegar a ser, y sin duda llegará a ser, la más potente fuerza humanizadora de que el hombre disponga en ese siglo, como la física lo ha sido en éste, pero con mayor radicalidad. El hombre es un ser maleable. La psicología llegará a saber casi todo de esa ductilidad humana. Entonces, en el siglo xxii, habrá que conseguir organizar una ética, y una filosofía, que marque su límite a una psicología, una biología y una cosmología que nunca deberán dejar de estar al servicio de la persona.

## Derechos humanos y calidad de vida: ¿retos para la psicología del siglo XXI?

Ferran Casas  
*Universitat de Girona*

En 1969, en su famoso discurso presidencial a los miembros de la APA, con el lema *La psicología como forma de promover el bienestar humano*, G.A. Miller trató de convencer a sus colegas norteamericanos acerca de su potencial para contribuir al bienestar y la felicidad del individuo. Una gran novedad de la ponencia de Miller fue la invitación a reflexionar, desde la teoría psicológica y desde la práctica profesional, acerca de cómo *promover cambios positivos*, con el fundamental matiz de *no sólo cuando hay problemas* de algún tipo (es decir, no sólo cuando hay el reto de luchar contra algo considerado negativo, llámese enfermedad mental, estrés, problema social, disfunción o de cualquier otra forma).

Este discurso coincide con un contexto histórico en el que se está consolidando tal tipo de pensamiento: las ciencias de la salud se plantean promover la salud, y no sólo luchar contra la enfermedad; Inglehart (1990) interpreta cómo la aparición de una crisis de conciencia social abre las puertas decididamente a un gran movimiento en torno al desarrollo de los valores postmateriales; y, en definitiva, empieza a interesar el estudio científico de realidades tan tradicionalmente consideradas subjetivas (lo cual para muchos conllevaba un fuerte carga de «no abordables científicamente») como las *percepciones, evaluaciones y aspiraciones humanas*, individuales y colectivas, ni más ni menos que como componentes fundamentales de la calidad de vida (Campbell, Converse y Rodgers, 1976; Casas, 1996).

Bienestar (psicológico y social) y calidad de vida son conceptos de moda, a menudo referidos como *objetivos* incuestionables de todo trabajo profesional y de todo proyecto institucional que tenga una dimensión social. Su uso a veces parece ya más un eslogan que una referencia a realidad concreta alguna.

Por contraste, bienestar y calidad de vida pueden ser estudiados también como *situaciones* concretas que se dan o no (y en qué medida) en personas, en grupos, en organizaciones, en comunidades y en países o regiones del planeta. Por macrosociales que sean dichas situaciones, su importante dimensión psicosocial parece fuera de toda duda (Blanco, 1985), a pesar de la escasez de publicaciones e investigaciones al respecto en las lenguas latinas. Y también pueden ser estudiados como procesos en aquellas dinámicas psicosociales en que se espera o se desea (en el caso de los programas de intervención social) el decidido aumento de su valor en un contexto dado (Casas, 1996).

Cuando se desarrollan políticas sociales para mejorar la situación de un conjunto de población, podemos profundizar en las preguntas que nos hacemos ante dicha *realidad social*: ¿Cómo funcionan sus programas? ¿Avanzan realmente en la consecución de sus objetivos? ¿Quiénes quedan fuera de sus logros? ¿En qué casos fracasan nuestros programas de promoción del bienestar? Todas estas preguntas incluyen retos para la psicología como disciplina y para el creciente número de psicólogos que trabajan profesionalmente en este ámbito de intervención.

Paralelamente, y en ámbitos bien distintos, después de preguntarnos por los efectos negativos de las nuevas tecnologías, nos hemos empezado a interrogar también sobre cómo podrían utilizarse positivamente para mejorar nuestras vidas. También aquí tenemos importantes preguntas a formular desde la psicología ante una realidad social: ¿Cómo cambian nuestras vidas las nuevas tecnologías en relación a cómo quisieramos cambiarlas? ¿Quiénes quedan excluidos de los cambios positivos? ¿Cómo podría ser de otra manera?

Las dos últimas décadas hemos ido observando un decidido aumento de la extensión y solidez de los estudios sobre bienestar psicológico, con distintas etiquetas (bienestar subjetivo, felicidad, satisfacción vital, etc.) que pueden aludir a diferentes matices del enfoque (Diener, 1984) e incluso a la utilización de instrumentos psicométricos distintos. Cada vez más estudiosos se atreven a afirmar que hemos empezado a comprender mecanismos psicosociales que nos sugieren cómo mejorar el bienestar colectivo de amplios grupos de seres humanos (Veenhoven, 1991), *como componente de su calidad de vida*.

A las puertas del siglo XXI, y celebrando que nuestra disciplina esté avanzando decididamente por el camino del compromiso en la promoción del bienestar y la calidad de vida de la población, no quisiera dejar de expresar mi preocupación porque no vayamos a dejarnos cosas muy cruciales por el camino, cual huida hacia adelante: los humanos parece que tendemos a movernos por la ley del péndulo, pasando de un extremo al otro. Me preocupa que bienestar y calidad de vida se conviertan ahora en el estudio exclusivo de los procesos hacia las excelencias, que están en las tiernas hojas verdes primaverales, olvidándonos de los troncos.

A escala mundial, un referente del bienestar social, ampliamente consensuado, son *los derechos humanos*. No por ser un tema internacionalmente planteado es algo abstracto o lejano de nuestra vida personal. Al contrario, pertenece también a nuestros entornos próximos y cotidianos, individuales y sociales a la vez. Cuando hablamos de los derechos humanos de niños y niñas, por ejemplo, no nos referimos sólo al derecho de cada uno individualmente a no ser maltratados sino también al derecho a participar activamente en los temas que les afectan, como sujetos de derecho y como ciudadanos (Casas, 1998). En este nivel cotidiano, los derechos humanos no son sólo una cuestión de leyes, políticas y grandes estructuras de control. Son también y quizás fundamentalmente una cuestión de *actitudes*, de *imágenes sociales* compartidas o no, de *valores* (como la tolerancia o la responsabilidad social), de *procesos de socialización* y de *expectativas y aspiraciones*, por citar sólo algunos conceptos profundamente psicológicos, a título de ejemplo.

En el nivel cotidiano, los derechos humanos ocupan un interesante lugar entre los *problemas sociales y las aspiraciones de bienestar y calidad de vida*.

Junto al reto de trabajar por una psicología del bienestar y la calidad de vida, en el que personalmente me siento comprometido, veo cada vez más ineludible, de cara a las próximas décadas, el compromiso de trabajar por una psicología de la promoción de los derechos humanos. Los concibo como dos ámbitos de estudio estrechamente articulados entre sí, en los que las contribuciones del profesional de la psicología (en un marco necesariamente interdisciplinar en ambos casos) sólo están en sus inicios, pero que tienen un evidente y profundo potencial teórico y de investigación, además de serios retos para la práctica profesional, ya incipientemente en desarrollo.

## REFERENCIAS

- Blanco, A. (1985). La calidad de vida: supuestos psicosociales. En Morales *et al.*, *Psicología social aplicada*. Bilbao: Desclee de Brouer.
- Campbell, A., Converse, P.E. & Rodgers, W.L. (1975). *The quality of American life: perceptions, evaluations and satisfactions*. New York: Russell Sage Foundation.
- Casas, F. (1996). *Bienestar social: una introducción psicosociológica*. Barcelona: PPU.
- Casas, F. (1998). *Infancia: perspectivas psicosociales*. Barcelona: Paidós.
- Diener, E. (1984). Subjective well-being. *Psychological Bulletin*, 95, 3, 542-575.
- Inglehart, R. (1990). Culture shift. *In advanced industrial societies*. Princeton: Princeton Univ Press.
- Veenhoven, R. (1991). Questions on happiness. In F. Strack, M. Argyle & N. Schwarz, *Subjective well-being*. Oxford: Pergamon.

Nota sobre la pretendida, nunca lograda  
y cada vez más lejana unidad de la psicología  
como disciplina científica

César Coll  
*Universitat de Barcelona*

Con una unanimidad que está muy lejos de ser habitual en psicología, los libros de historia coinciden en situar el surgimiento de la psicología científica en las últimas décadas del siglo XIX. Independientemente del grado de arbitrariedad que comporta siempre la elección de unas fechas precisas para situar en el

tiempo la gestación y el alumbramiento de los grandes acontecimientos científicos, no hay duda de que en esos años toma cuerpo y se generaliza la aspiración de configurar la psicología como una disciplina desgajada de la filosofía y susceptible de generar, mediante la utilización de la metodología científica propia de las ciencias naturales, un conjunto unificado de conocimientos superadores de las distintas visiones del psiquismo derivadas de los grandes sistemas filosóficos. No es probable que los últimos años del siglo XX vayan a figurar en los libros de historia de la psicología como el periodo en el que pueda darse por satisfecha esta vieja aspiración. Más bien pienso que el panorama de la psicología en los umbrales del siglo XXI sugiere justamente lo contrario.

El desarrollo, o mejor, los desarrollos de la psicología científica en los cien años transcurridos entre los dos finales de siglo han sido ciertamente espectaculares. El conocimiento, o mejor, los conocimientos generados en este lapso de tiempo son ingentes. Pero estos desarrollos y estos conocimientos, lejos de haberse orientado hacia la configuración de *una* psicología científica, es decir, hacia la formación de un ámbito disciplinar con una unidad de objeto de estudio, de métodos de indagación e investigación, de teorías explicativas y de procedimientos de intervención, parecen más bien apuntar hacia la consolidación de *múltiples* psicologías, con diversidad de opciones en cuanto a sus respectivos objetos de estudio, métodos de indagación e investigación, teorías explicativas y procedimientos de intervención.

Un siglo de psicología científica no ha sido suficiente para superar las tensiones, las controversias y las alternativas que estaban ya presentes en las diferentes concepciones del psiquismo propias de los grandes sistemas filosóficos. La mayoría de ellas —por ejemplo, las que tienen su origen en la difícil articulación entre lo biológico y lo psicológico, lo individual y lo social, lo molar y lo molecular, lo objetivo y lo subjetivo, lo general o lo diferencial; o aun, las que surgen como resultado de las controversias sobre las aproximaciones molares o moleculares al estudio del psiquismo, o sobre la importancia del componente propositivo e intencional de la actividad humana— no sólo no han sido superadas, sino que en ocasiones se han reforzado adoptando nuevas formulaciones, pero manteniéndose en lo esencial, en los enfoques y teorías dominantes en el panorama psicológico de este final de siglo. A ello hay que añadir además que, como resultado de los desarrollos experimentados por la psicología en el transcurso de los últimos cien años, a las tensiones y alternativas tradicionales han venido a sumarse otras que han reforzado las tendencias centrífugas respecto a la ansiada —aunque nunca lograda y yo diría que ni tan siquiera vislumbrada— unidad de la ciencia psicológica. Algunas de estas nuevas tensiones y alternativas son particularmente relevantes para dar cuenta del proceso de diferenciación creciente que constituye, a mi juicio, uno de los rasgos distintivos de la psicología en las últimas décadas del siglo XX.

Es el caso, por ejemplo, de las tensiones que surgen como consecuencia de la doble vertiente, básica y aplicada, de la ciencia psicológica. El planteamiento epistemológico tradicional, según el cual los principios o leyes generales del comportamiento humano, una vez identificados y establecidos mediante los procedimientos canónicos de la investigación científica, son transferibles a los más

variados y diversos ámbitos de aplicación con las modulaciones que cada caso requiere, hace tiempo que ha entrado en crisis. Las distintas psicologías aplicadas —a la clínica, a la sociedad, a los grupos, a las organizaciones, a la educación, a la comunicación, a la publicidad, al campo militar, al campo jurídico, a la actividad física y deportiva, etc.— han ido generando cada una por su parte, sobre todo a partir de los años cincuenta, conocimientos no sólo técnicos o tecnológicos en un sentido estricto, sino también teóricos y conceptuales que, si bien son en parte tributarios de los avances de la investigación básica de los procesos psicológicos —es decir, no orientada a un ámbito concreto de aplicación y, por lo tanto, no vinculada a necesidades más o menos inmediatas de intervención y modificación de la realidad—, no son reductibles a ellos y llegan a ejercer incluso, en no pocas ocasiones, una influencia considerable sobre la orientación de la investigación básica.

A este cambio epistemológico de alcance, hay que añadir la exigencia de adoptar una aproximación interdisciplinar o multidisciplinar que comportan necesariamente las psicologías aplicadas. Abandonada, o al menos fuertemente cuestionada, la jerarquía epistemológica que reduce las psicologías aplicadas a una traslación y aplicación del conocimiento psicológico a los diferentes ámbitos de la actividad humana, ha sido necesario tomar cada vez más en consideración lo que hay de específico y propio en cada uno de estos ámbitos de actividad y, en consecuencia, ha sido obligado abrirse a las aportaciones de las otras ciencias humanas que convergen con la psicología en el estudio de dichos ámbitos de actividad, en el marco de planteamientos abiertamente multidisciplinarios. Es el caso, por mencionar únicamente algunos ejemplos evidentes, de la convergencia de la psicología de la educación con otras ciencias de la educación; de la psicología social con la sociología, la antropología o la etnografía; de la psicolingüística con los diferentes campos de la lingüística, el análisis del discurso o el análisis conversacional; de la psicología jurídica con los diferentes campos de la ciencia jurídica; etc. A los efectos del tema que nos ocupa —la unidad de la ciencia psicológica— lo importante es destacar que la adopción creciente de una perspectiva multidisciplinar en las psicologías aplicadas conlleva dificultades igualmente crecientes para seguir considerando los conocimientos generados por las mismas como estrictamente psicológicos.

En la misma dirección apuntan a mi juicio el espectacular proceso de profesionalización experimentado por la psicología sobre todo en la segunda mitad de nuestro siglo —sólo en parte asimilable al desarrollo de las psicologías aplicadas al que aludía en los párrafos anteriores— y la tendencia aparentemente irreversible hacia una especialización cada vez mayor tanto en el ejercicio de la actividad profesional como en las líneas de investigación. Los contextos institucionales en los que trabajan los psicólogos, los problemas a los que se ven confrontados y tienen que resolver, los interlocutores con los que se encuentran, los saberes que utilizan, los procedimientos que aplican, los referentes teóricos y metodológicos que les sirven de guía, las exigencias que se ven obligados a cumplir, ... son en la actualidad tan heterogéneos entre sí que es a menudo realmente arduo identificar elementos comunes que justifiquen la unidad subyacente a la que remite la categoría de *lo psicológico*.

Tal vez puedan encontrarse elementos comunes entre la actividad de un psicólogo que investiga la neuropsicología del sistema visual en un departamento universitario, el que atiende a enfermos terminales de cáncer en un hospital, el que asesora a una organización sindical en procesos de negociación colectiva, el que trabaja como jefe de personal en una empresa, el que elabora dictámenes judiciales, el que investiga la influencia de las minorías en un instituto de investigación o el que analiza el impacto de la televisión sobre los valores y el comportamiento moral de niños y jóvenes. Puede argumentarse que, de una u otra manera, en todos estos casos están en juego comportamientos y actividades humanas y que ello constituye precisamente el nexo común que justifica la unidad subyacente a la que remite la categoría de *lo psicológico*. Es cierto, pero habrá que convenir que se trata de un nexo tenue, excesivamente tenue para la justificación de la unidad que pretende fundamentar, y que podrían encontrarse igualmente otros nexos entre estas situaciones relativos, por ejemplo, a las categorías de lo biológico, de lo social o de lo lingüístico.

La consideración de las diferentes y numerosas alternativas que se han ido generando y desarrollando a lo largo de este siglo en lo que concierne a los métodos de indagación e investigación en psicología conduce, a mi juicio, a una valoración coincidente con la señalada a propósito de las psicologías aplicadas, la profesionalización creciente o la tendencia imparable a la especialización. Una vez aceptado que el método experimental en sentido estricto, o los métodos experimentales en sentido laxo, no constituyen el único canon para pronunciarse sobre el carácter científico del conocimiento generado por la investigación psicológica, se ha abierto la puerta a una multiplicidad de enfoques y planteamientos que han venido a reforzar las fuerzas centrífugas respecto a la unidad de la ciencia psicológica. En la psicología actual el debate de fondo ya no es metodológico, o no es sólo metodológico, sino más bien epistemológico. Las alternativas ya no se articulan en torno a las tomas de postura sobre la validez científica de tal o cual método, sino más bien en torno a las distintas opciones sobre qué puede y debe ser considerado legítimamente como conocimiento científico en psicología; o dicho de otra manera, sobre qué tipo de conocimiento es relevante en psicología.

¿Seguimos estando inmersos, en este final de siglo, en un estadio de desarrollo preparadigmático de la psicología? ¿Nos encontramos más bien en una fase de desarrollo multiparadigmático? ¿Habrá que aceptar que la situación multiparadigmática es quizás la situación propia de la ciencia psicológica? No son estas, a mi juicio, las preguntas cruciales que surgen del panorama actual de la psicología. La cuestión no es sólo de coexistencia de enfoques, teorías explicativas o paradigmas alternativos o en contraposición. La cuestión es, a mi juicio, que estamos asistiendo a un proceso de diferenciación de la psicología que se articula en torno a diferentes maneras de entender la categoría de *lo psicológico*, lo cual comporta lógicamente definir de manera distinta el objeto de estudio, los propósitos y finalidades que se persiguen, los métodos que se utilizan, e incluso, como apuntaba antes, lo que puede y debe ser considerado legítimamente como conocimiento psicológico.

Así pues, la duda razonable que se plantea es si podemos seguir hablando de diferencias paradigmáticas en el seno de la psicología científica o si, más allá de estas diferencias, estamos asistiendo en realidad a una eclosión de la psicología científica en diversos campos o ámbitos del saber que incluyen, en mayor o menor medida según los casos, una referencia a la categoría general de *lo psicológico*. La duda razonable que se plantea es si no estamos asistiendo, en los umbrales del siglo XXI, al final de la ilusión que acompaña a la psicología científica desde el momento mismo de su nacimiento en las últimas décadas del siglo XIX: la ilusión de poder dar cuenta de las múltiples y complejas vertientes y dimensiones del psiquismo humano mediante una sola disciplina, un solo campo de saber construido a partir de los supuestos epistemológicos de las ciencias naturales y utilizando los recursos metodológicos de estas ciencias. En el supuesto de que así fuera, no estaríamos asistiendo al fin de la psicología científica, pero sí de la vocación unificadora, totalizante y a menudo reduccionista que ha sido uno de sus rasgos característicos a lo largo de este siglo.

## Retos de la psicología ante el siglo XXI

Rocío Fernández Ballesteros  
*Universidad Autónoma de Madrid*

A lo largo del siglo XX, la evaluación psicológica se ha presentado en muchos momentos como la cara pública de la psicología de forma tal que, con vistas a plantear sus retos ante el siglo XXI, parece conveniente examinar algunos (el espacio concedido no da para mucho) importantes claros-oscuros de la evaluación psicológica en la frontera del dos mil.

### • *Del proceso de evaluación*

Si fue cierto que a principios del siglo XX, evaluación psicológica era poco más que la acción de aplicar tests, poco a poco, gracias a los avances de la psicología cognitiva, de la psicometría (teoría de la toma de decisiones) y de la inteligencia artificial, se ha profundizado extraordinariamente en el proceso de toma de decisiones que supone la evaluación psicológica hasta el punto de que hoy en día se pueda hablar de un proceso normativo y se estén elaborando normas o guías que regulen la actividad científica y aplicada que supone la evaluación psicológica. Hay que esperar que, en el siglo XXI, estos avances se consoliden y expandan y que se pueda examinar también su eficiencia a la hora de predecir el comportamiento en situaciones naturales.



- *De los métodos en la construcción de tests*

A lo largo de este siglo han existido grandes avances en las herramientas psicométricas para la construcción de tests así como en la formalización y estandarización de tales herramientas. La teoría de respuesta al ítem ha supuesto un avance importante a la teoría de los tests clásica y su generalización y reorganización se está poniendo de relieve en la última revisión de la Asociación Americana de Psicología de los Estándares que ha venido funcionando a lo largo de este siglo.

- *De las fuentes de error*

A pesar de la sofisticación tecnológica y de su introducción en evaluación, también es cierto que gran parte del trabajo aplicado del psicólogo sigue realizándose con base en autoinformes. De todos es sabido que la deseabilidad social y, más aún, la tendencia al falseamiento y la mentira son importantes fuentes de error que siguen siendo algo así como un mal endémico tanto de la evaluación como de otras disciplinas psicológicas y sociales. Procurar elementos correctores de tales sesgos es una asignatura pendiente y, más aún, se requiere un examen pormenorizado de los procesos psicológicos que rigen en tales sesgos. Ojalá ello se investigue y resuelva durante el próximo siglo.

- *De la tecnología aplicada a la evaluación*

Los extraordinarios avances de la tecnología y su aplicación a la psicológica han beneficiado notablemente a la evaluación. De un lado, el ordenador y su potencial tecnológico se ha aplicado en la administración, corrección e interpretación de tests. Pero eso no es todo, los avances de las técnicas de neuroimagen nos han permitido validar instrumentos de evaluación cognitiva así como, mediante éstos, investigar más certeramente procesos neuropsicológicos. Finalmente, los avances en la tecnología psicofisiológica y su aplicación a la evaluación de ciertas funciones intelectuales nos permitirán, en el futuro, contrastar la evaluación psicofisiológica de ciertas respuestas neuroanatómicas con la ejecución de los tests estándar y, más aún, con las ejecuciones de los sujetos en la vida real.

- *De las poblaciones objetivo*

Si bien es cierto, que a todo lo largo de este siglo, la evaluación psicológica se ha extendido a todos los grupos de población humana, seguramente también lo es que la población infantil y juvenil ha recabado un mayor interés por parte de los psicólogos. El envejecimiento de la población mundial va a exigir de los psicólogos —como de otros profesionales— una mayor focalización en las poblaciones mayores. En relación con esto, conviene también resaltar la importancia que en el futuro inmediato tiene la consecución de estudios longitudinales y transeccionales para iluminar el ámbito de la evaluación de la vejez y el envejecimiento.

- *Del estudio sociohistórico del cambio*

A pesar de que a lo largo de este siglo ha habido importantes llamadas de atención respecto a la importancia de factores socio-históricos en el comportamiento, poco se ha hecho para lograr un verdadero análisis de las sinergias entre

determinados cambios históricos y el comportamiento humano. Existen observatorios sociodemográficos, económicos, educativos pero no existe un «observatorio psicológico» que, mediante series de datos comportamentales nos permita examinar tanto los efectos de circunstancias históricas sobre el comportamiento como de éste sobre aquellas. Ésta es una tarea inexcusable para los psicólogos del siglo XXI.

## Superando el monólogo colectivo

Maria Forns

*Universitat de Barcelona*

Me piden una breve reflexión acerca de los principales cometidos de la psicología en los inicios del próximo siglo. En el estado actual del mundo científico, presidido por la velocidad en los cambios, la minimización de barreras terrenales y espaciales, la conquista de la ubicuidad de la información, la capacidad de manipulación genética, etc. y —paralelamente— por la existencia de grandes contrastes culturales y de demasiado profundos desniveles socio-económicos, es si más no atrevido entrar a valorar cuál será el devenir de la reflexión y conquista científico-técnica acerca de la explicación y comprensión de la conducta humana. En estos momentos históricos todo parece posible, incluso planificar la desviación del curso de un cometa.

En el panorama diseñado, la psicología ocupa una mínima parte y parece tener dificultades en perfilar las características del ser y actuar humano. En el más restringido dominio de la evaluación psicológica parece que se ha llegado a cierto consensus de que la conducta humana es compleja y que debe ser evaluada tomando en consideración esta complejidad. No obstante, asumir este principio plantea acometer viejos tópicos que los evaluadores del futuro deberán resolver.

En primer lugar, una vez ya abandonados los planteamientos evaluativos dicotómicos (evaluación tradicional vs. conductual; explicación vs. comprensión; signo vs. muestra, etc.) y adoptada una forma de reflexión que da cabida a concepciones integradoras y pluridimensionales, habrá que entrar en la discusión de la forma de articulación de tales dimensiones en un conjunto organizado. Por ahora, en la práctica de la evaluación, se aceptan los principios de la complejidad y multidimensionalidad, y se integran los datos procedentes del análisis psicológico (a la vista de mini-modelos de conducta), pero sólo se tienen leves certeros conocimientos acerca de cómo las distintas fuerzas de causalidad in-

fluencian y configuran la conducta del sujeto y se está falto de instrumentos que puedan aportar información relevante acerca del conjunto. Por más que se haya procurado controlar el uso de un alto nivel de inferencia en la explicación de la conducta, la elaboración del juicio clínico no adolece de tal inferencialidad. Carentes pues de esta visión organizada del total (modelo conceptual completo del funcionamiento humano), los análisis pierden fuerza explicativa sobre el conjunto, y son forzosamente parciales e incompletos, aun cuando el soporte conceptual y metodológico (análisis funcional del caso clínico, metodología causal, técnicas de análisis secuenciales, etc.) va avanzando.

Muy relacionado con la cuestión precedente es el tema de la selección del nivel de análisis (simple/unidad versus complejo/agregado, organizado o compuesto) que mejor conviene a cada elemento, variable, dimensión, o totalidad del análisis. Queda planteada y aún no resuelta la cuestión de en qué medida el análisis de aspectos «micro-conductuales» es equivalente o desigual al de aspectos «macro-conductuales» y qué cambios se producen al transcurrir de uno a otro nivel. La investigación acerca de la búsqueda de patrones de conducta (basados en metodología de la observación, análisis de series temporales, teoría de probabilidad, etc.) podrá ayudar a entender la articulación entre las diversas variables micro o de bajo nivel, y su configuración en un todo de más amplio nivel.

En estos últimos años ha sido replanteado el importante tema de la predicción de la conducta dinámica (cambiante) y no lineal. El desarrollo de la metodología causal, y la de vectores, van a permitir entrar de lleno en el análisis de la multicausalidad de la conducta y en el estudio de las conductas no lineales y no regularmente cíclicas. Los principios y el lenguaje de la teoría del caos (bifurcación, atractores fractales, sensibilidad a condiciones iniciales, auto-organización y auto-similaridad, etc.) van a tener que ser incorporados a las formas de análisis psicológico. En la teoría del caos no sólo es cambiante la variable dependiente (sus dimensiones: magnitud, tasa, etc), sino que también son dinámicas las supuestas variables causales y sus relaciones; asimismo el tiempo de acción de las variables causales sobre las dependientes modifica la fuerza de las relaciones, las cuales pueden tomar formas no-lineales, etc. Es evidente que con estos requisitos, el planteamiento acerca de la predicción de conducta va a tener que tomar otros derroteros. Tal como ya han apuntado los expertos en este tema, las técnicas nomotéticas y los modelos causales univariados no son adecuadas para el análisis de la conducta dinámica; será pues necesario hallar un tipo de técnicas de análisis sensibles a los cambios y no invasivas, que permitan el registro de largos periodos de conducta lo cual facilitará el estudio de la evolución de la conducta, aspecto clave para el análisis y la predicción de sus irregularidades.

La exploración y medida psicológica continúa teniendo, en la actualidad, un excesivo costo temporal. Aspecto que entrará en franca disonancia en relación con las técnicas de análisis de otros dominios. Apenas se han dado cambios en los instrumentos de medida desde los años de Binet. Las técnicas computarizadas han facilitado, sin duda, algunas de las tareas de aplicación, corrección y análisis. Pero esto, aparte de ser insuficiente, no ha supuesto un cambio impor-

tante en el sistema de evaluación. Éste es uno de los desafíos del próximo siglo: hallar una nueva forma de análisis de la conducta humana que suponga cambios en la forma de recogida de la información, registro y análisis. Hay que diseñar instrumentos de medida aparentemente simple y de bajo costo (personal y temporal) que puedan ser empleados en el contexto donde se desarrolla la conducta a analizar, y cuya tecnología garantice la objetividad, validez y precisión. El test de papel y lápiz será probablemente el perdedor en este debate, y el actual juego del «Tamagotchi» (interactuando con el niño) puede ser un desdibujado símil del tipo de algunos futuros tests.

La investigación e identificación de «marcadores» de conducta así como de factores de «riesgo» y de «protección» va a ocupar un importante espacio, si el devenir social continúa en la defensa del bienestar y de la prevención de la salud. Se desarrollarán, sin duda, pruebas bio-fisio-psicológicas que aportarán mayor seguridad acerca de los marcadores de determinadas conductas patológicas y cabe desear el desarrollo de técnicas que permitan conocer y evaluar los factores de protección capaces de modificar los factores de riesgo.

Otro importante desafío viene dado, y cabe pensar que tomará proporciones sustantivas, por el cambio cultural que acaecerá como fruto de la diversidad cultural. No se trata únicamente de un desafío relacionado con la adaptación-traducción plurilingüe de las pruebas al uso, sino de un cambio que afectará a algunos constructos psicológicos, por imperativo cultural, lo cual comportará la crisis de algunos modelos específicos de conducta. Otras modificaciones de los constructos vendrán de la mano del uso de la actual tecnología: está cambiando el concepto de espacio (desde Barcelona se puede visitar el Louvre), el de tiempo (este mensaje puede ser transmitido en décimas de segundo a casi todas partes), se ha iniciado, en la mente de muchos, cierto proceso de identificación (¿conquista o confusión?) entre realidad y virtualidad, cambia la relación entre esfuerzo humano y efecto, va desdibujándose el concepto de límites personales, etc. todo ello va a conllevar nuevos estilos de pensar y de resolver la vida humana, que dejarán obsoletos determinados constructos y en consecuencia determinados instrumentos de medida.

La exigencia de interdisciplinariedad obligará a un cambio en el lenguaje profesional y a una mayor unificación conceptual.

Se ha insinuado que la actual coexistencia de escuelas psicológicas pone de relieve que la psicología está aún en la etapa evolutiva del monólogo colectivo, y que los psicólogos de distintas escuelas dedican mucho tiempo a escuchar a los de su propio grupo y bastante poco a escuchar a los de otros. El diálogo en común deber pasar a primer orden, y el deseo de trabajo interdisciplinario debería iniciarse desde dentro de la propia psicología. El debate acerca de los paradigmas psicológicos no puede ser eterno, ni mantenerse continuamente en el terreno de la multiplicidad de explicaciones más o menos amplias y más o menos veraces. El debate y el contraste sustentan el avance de las disciplinas. Esperemos que los años venideros permitan el acuerdo científico en, al menos, parte de los presupuestos básicos de distintos paradigmas.

## Psicología como cultura

Fernando Gabucio  
*Universitat de Barcelona*

Quizás el cambio de siglo propicie un desarrollo de la psicología hacia la cultura. Y no me refiero sólo a que se potencie una psicología cultural. Me refiero a una cultura psicológica o, mejor dicho, a unos conocimientos psicológicos entendidos como cultura. Quizás este siglo XX que se aproxima a su fin haya sido, enfática y devotamente, el de la psicología como ciencia. Quizá debiera ser así. Pero mientras la investigación psicológica ha corrido en pos de la cientificidad, la ciencia misma ha ido desplegándose, se ha desarrollado y se ha desplazado del lugar sólido, inamovible y siempre benigno que se le había querido atribuir. Ya no puede constituir un norte porque se la encuentra en casi todas las direcciones. Por lo mismo, las opciones para la psicología no se limitan ya a «ciencia o filosofía»: ni ambos términos son mutuamente excluyentes, ni el primero es garantía de éxito, ni el segundo ha sido superado por la historia.

A lo mejor fraguan las ideas que pretenden reubicar la ciencia dentro de la cultura, en lugar de concebirla como la reina altiva e indiscutible del saber. Es posible que, a medida que crezca el interés por los territorios fronterizos del conocimiento —que seguramente lo son todos—, y que se desdibujen los pulidos límites entre las disciplinas —y entre éstas y su público destinatario—, cobre significación lo transitables que resulten los caminos, más que lo férreas y nítidas que aparezcan las divisiones. Es posible que nociones como la de complejidad inciten a un diálogo permanente entre disciplinas que previamente se han «organizado» según criterios meramente jerárquicos. Bien pudiera ocurrir que la estrategia de preguntar sólo aquello de lo que ya se conoce la respuesta dejara de ser la única válida.

La psicología ha sido desde siempre, y cada vez más, una encrucijada: de corrientes, de temas, de disciplinas, de estilos, de prácticas, de esferas, de aspiraciones. Y las encrucijadas son, como es sabido, lugares de vitalidad cultural. Si la ciencia —y la tecnología— se entienden cada vez más como cultura —más allá de concebirlas como fuente de poder—, y la psicología reconoce y aprovecha su muy especial lugar de encrucijada de saberes, el futuro debiera resultar alentador.

## Perspectivas del enfoque cognitivo en psicología

Juan A. García Madruga

*Universidad Nacional de Educación a Distancia*

Los últimos treinta años coinciden con el establecimiento y consolidación del enfoque cognitivo como dominante en la psicología en general y, en particular, en los tres campos a los que me referiré: el desarrollo cognitivo, la comprensión del discurso y el razonamiento deductivo. La amplitud de este periodo temporal proporciona suficiente perspectiva para lograr una visión global de nuestro pasado inmediato, con sus logros y carencias, y a partir de ella sugerir algunas perspectivas futuras.

En los tres campos referidos, la revisión del pasado conduce por razones diversas a una evaluación matizadamente optimista del trabajo realizado. En el estudio del desarrollo cognitivo hemos perdido las certezas que sobre la ontogénesis de la inteligencia proporcionaba la teoría piagetiana, pero hemos adquirido una gran cantidad de conocimientos nuevos y precisos sobre los diversos componentes y fases del desarrollo, en particular sobre la primera infancia. Asimismo, se han postulado nuevos mecanismos capaces de explicar los procesos de cambio, entre los que destacan recientemente los modelos conexionistas. El estudio del desarrollo de la mente se ha visto sometido, por tanto, a una progresiva diferenciación y complicación, lo que lleva implícito uno de los peligros más claros: la disolución del desarrollo cognitivo como un campo de estudio consistente y articulado, en diversos campos y enfoques específicos, sin la necesaria conexión e intercambio entre ellos.

La trayectoria descrita por el estudio de la comprensión del discurso en estos decenios ha sido más precisa y ascendente. En un campo de estudio prácticamente inexistente hace tres décadas, tras un primer periodo centrado en el texto, se han conseguido contribuciones empíricas y teóricas claramente relevantes sobre la interacción entre el lector, quien debe activar y aplicar diversos conocimientos y estrategias, y el texto. Los importantes logros teórico-empíricos recientes, junto con el esclarecimiento de algunos de los aspectos evolutivos e instruccionales implicados, permite hablar de la cercanía de una teoría unificada. Sin embargo, también debemos destacar que los aspectos sociales y pragmáticos del discurso siguen resistiéndose en gran medida a los esfuerzos de los investigadores del enfoque cognitivo.

En el campo del razonamiento deductivo nuestra evaluación del estado de la cuestión debe ser también positiva. Hace treinta años la existencia de errores y sesgos en el razonamiento adulto llevaba a preguntarse a Peter Wason (de forma no totalmente irónica) si no existiría una regresión en el razonamiento humano en edades posteriores a la adolescencia, con la adquisición del pensamiento formal

piagetiano. Actualmente, tenemos un amplio conocimiento sobre los procesos concretos y resultados de la resolución de las tareas deductivas, lo que nos permite ofrecer una visión de la racionalidad humana mucho más precisa y menos autocomplaciente. En cuanto a las teorías, también el avance es considerable, hemos pasado de la existencia de un conjunto desorganizado de miniteorías para cada tarea, a dos grandes teorías (reglas formales y modelos mentales) que aunque no están definidas en forma totalmente precisa y completa, explican un conjunto importante de datos y realizan predicciones comprobables. De nuevo son los aspectos socio-pragmáticos, junto con los contextos cotidianos, las carencias más relevantes a las que podemos hacer rápida referencia.

Las breves líneas anteriores nos han llevado a una evaluación del enfoque cognitivo en psicología, que nos permite dictaminar sobre sus perspectivas futuras. En su haber, además de lo ya expuesto, está la importantísima contribución metodológica que suponen los modelos computacionales, algo que permite ver el final del túnel de la confusión conceptual de la psicología. Las carencias apuntadas en los diversos campos continuarán probablemente en el inmediato futuro ya que está por ver si el enfoque cognitivo puede realmente incorporar no sólo los aspectos evolutivos, sino también los sociales y emocionales. En cualquier caso, la productividad del enfoque es tan amplia que, sin resolver estos problemas, puede seguir realizando contribuciones, si se quiere esquizofrénicas, pero muy relevantes y aplicables, durante los próximos treinta años.

## La psicología del significado

Juan Carlos Gómez

*University of St. Andrews, Scotland, UK*

El problema fundamental para la psicología del nuevo milenio, como participante de la ciencia cognitiva, no es ni el del lenguaje, ni el de la conciencia, ni el de ninguna de nuestras formas predilectas de cognición superior: es el problema del significado. El significado trasciende al lenguaje y trasciende a la conciencia: es el producto del funcionamiento integrado de sistemas cognitivos (en un amplio sentido) y sistemas emocionales y motivacionales de la mente. El significado no puede reducirse ni a la semántica ni a la sintaxis de un lenguaje (natural o mental), ni siquiera con los parches de conveniencia que puedan añadirse desde las pragmáticas. El significado no puede limitarse a las descripciones proposicionales (o de otro tipo) con que articulamos nuestra conciencia de las cosas, incluidas otras personas y nosotros mismos. El significado es precisamente aquello que se escapa a la formulación con palabras y la acotación del

foco interior de una conciencia, aquello que se escapa al cálculo con las reglas y los símbolos de la psicología cognitiva del procesamiento de información.

Al término del milenio muchos han denunciado la incapacidad de la ciencia cognitiva tradicional, no ya para resolver, sino incluso para captar el problema del significado. Sin embargo, buscan la solución en el exterior de la mente (el entorno social y cultural, la mente extendida más allá de los límites de los sistemas nerviosos individuales), como si la ciencia cognitiva hubiese finalizado la exploración y catalogación de la mente individual sin encontrar el significado y, descartado ese territorio interior, nuestra búsqueda hubiese de continuar por los territorios extramentales. Grave error. Las ciencias cognitivas apenas han captado algunas muestras superficiales de la mente, y mucho de lo que han captado lo han descrito de forma distorsionada, como si se empeñasen en hacer encajar una fauna variopinta y contraintuitiva en categorías preconcebidas y estrechas que sólo son aplicables a un limitado número de especies mentales, ignorando lo distintivo y novedoso —lo esencial— de la mayoría de los animales que pueblan las mentes.

La búsqueda de una explicación del significado debe continuar en la mente (ubicada en un cuerpo, un mundo y un medio social, pero en última instancia individual e interior, incluso en su capacidad de ser moldeada y usar la cultura): una mente que no es sólo símbolos y reglas y representaciones explícitas y netamente articuladas, una mente cuya capacidad de representación y planificación desborda, hoy por hoy, los conceptos con que hemos pretendido entenderla. ¿Qué instrumentos debemos usar para continuar la búsqueda? El conocimiento implícito, tan invocado en vano y sin que nadie sepa (explícitamente) lo que es; el juguete inmenso y que todavía nos desborda de las redes neuronales, capaz tal vez de ilustrarnos sobre algunas formas de eso que se nos escapa bajo el nombre de conocimiento implícito; la perspectiva evolucionista: traicionera para el ingenuo, tan propensa a ser un mero juego de marcianos que siempre se adaptan a lo que haga falta, pero esencial para entender la formación de las mentes cuando esta perspectiva se entiende con todas sus sorprendentes consecuencias; la perspectiva comparada, liberada de las formas de antropomorfismo negativo que sólo saben de la mente humana, estrechamente concebida, como vara de medir diferencias y excavar abismos antropocéntricos, y dotada, en cambio, de la habilidad de concebir *otras mentes*, otros productos del acontecer evolutivo; el desarrollo tomado en serio, concebido como ingenioso mecanismo evolutivo para construir lo que no está ni en el germen ni en el entorno; los problemas clásicos de la filosofía recuperados, reformulados, reconsiderados desde las perspectivas (de variada amplitud y profundidad de miras) que un siglo de psicologías ha abierto.

En el problema del significado se entrecruzan algunas de las perspectivas más prometedoras de ese grupo de ciencias a los que pertenece la psicología y que tal vez en este cambio de siglo han empezado a comprender lo estrecho de la etiqueta «cognitivas» para caracterizar sus verdaderos objetivos y reflejar todos los medios que van a tener que usar para alcanzarlos.



## La psicología en la actual «era de la mundialización»

Rafael López Feal  
*Universitat de Barcelona*

La nueva revolución que está viviendo la humanidad en los albores del nuevo milenio tiene como principal característica el hecho de que sus influencias de todo tipo se extienden territorialmente, por primera vez, a nivel planetario. Se trata de un proceso, iniciado después de la II Guerra Mundial por el que las economías y los sistemas de comunicación y de información locales y nacionales se integran progresivamente en marcos supranacionales e internacionales.

Este proceso de mundialización, de consecuencias todavía imprevisibles, está repercutiendo en todas las dimensiones de la vida humana, tanto a nivel individual como colectivo. Ello está obligando a que en cualquier lugar de la tierra cada individuo, cada comunidad local y cada país deban labrar su futuro en el marco de este mundo globalizado e incierto en el que estamos inmersos. Al mismo tiempo, cada individuo debe labrar su lugar responsable en la propia comunidad local donde vive.

Esta nueva revolución, todavía no estabilizada, ha abierto muchos caminos potenciales a la humanidad, pero también está creando numerosos y complejos problemas, la mayoría de ellos aún fuera de control. Entre estos problemas se encuentran los siguientes:

a) Los derivados del enfrentamiento entre la ruptura de fronteras de todo tipo y la necesidad que tienen las personas y los colectivos humanos de mantener su identidad frente a una globalización indiferenciada.

b) Los derivados del fracaso del modelo comunista de sociedad y, como consecuencia, los derivados de la mundialización del modelo capitalista caracterizado por la sustitución de la economía productiva por la economía financiera deslocalizada, mercantilista e insensible a los problemas de la microsociedad que no son detectados por las cifras de la macroeconomía.

c) Los derivados de la informatización, de la robotización y de la creación de redes de comunicación y de información cada vez más globales en todo tipo de organizaciones.

d) Los derivados de la crisis de los principios morales tradicionales. Estos principios estaban controlados por marcos locales. Los nuevos principios, que deben basarse en criterios racionales y de justicia social, todavía no están consensuados en el contexto del nuevo marco global.

e) Los derivados de la crisis del modelo educativo tradicional. Este modelo se ha basado casi exclusivamente en la cultura transmitida a través del libro y de la escuela. En esta era de la mundialización, el nuevo modelo debe abrirse

a la cultura proveniente de los medios de comunicación de masas y a la realidad global y local al mismo tiempo.

Entre las posibles respuestas que se pueden dar a la pregunta «qué se puede hacer» para controlar y armonizar los efectos negativos producidos por esta nueva revolución, pueden tenerse en cuenta las siguientes:

a) Asumir que vivimos en una época histórica muy delicada, muy turbulenta en la que están cuestionados y en revisión temas relacionados con la vida humana a nivel personal, familiar, educativo, cultural, político, religioso, profesional, laboral y de otros tipos.

b) Buscar y consensuar opciones solidarias con los países emergentes y en vías de desarrollo y que, al mismo tiempo, tengan en cuenta los efectos que sobre amplios sectores sociales de países de economías avanzadas tiene la liberalización del comercio y la competencia de países emergentes con bajísimos salarios.

c) Planificar y desarrollar estudios de necesidades productivas, de servicios y sociales, actuales y previsibles, que permitan plantear una correcta organización de planes de formación y de ocupación a nivel local, nacional, supranacional e internacional, según los casos.

En cuanto a las propuestas sobre «qué puede hacer la psicología» para ayudar a estabilizar esta nueva revolución en que está inmersa la humanidad, podrían tenerse en cuenta las siguientes:

a) En cualquiera de sus áreas de actuación profesional, la psicología tendría que seguir explorando y analizando el pasado personal, pero, al mismo tiempo, debe conectarlo y entretenerlo no sólo con lo que ocurre en el presente sino también con lo que puede ocurrir en el futuro bajo supuestos de escenarios alternativos de estabilización personal y colectiva de este futuro, todavía incierto.

b) La psicología del siglo XXI tiene que abandonar el papel de «observador imparcial» y tiene que asumir un papel cada vez más comprometido, más intersubjetivo y más interdisciplinario, entrando en lo que los psicoanalistas innovadores empiezan a denominar «análisis relacional».

c) La nueva psicología debe adaptarse a la ampliación de su campo de actuación en todas sus áreas profesionales, en el sentido de que debe tratar a un amplio y variado abanico de personas pertenecientes a colectivos reivindicativos que reafirman cada vez con mayor fuerza su identidad. Ello obligará a una mayor formación humanística del psicólogo, pero desde el nuevo marco de la era de la mundialización. Esta formación humanística comprende toda una serie de valores guiados por el principio de que, potencialmente, en esta nueva era más allá de los muchos problemas pendientes, existen, por primera vez en la historia de la humanidad, nuevas opciones de vida a elegir, con todas las luchas individuales y colectivas que ello conlleva.

En definitiva, el gran reto que tiene planteada la psicología en los albores del siglo XXI es el de configurar un modelo holístico de actuación capaz de asumir a la persona como miembro, al mismo tiempo, de diferentes grupos sociales y de tratar de forma dinámica con su pasado, su presente y, también, con su futuro previsible. Esta opción representa una revolución con respecto al esquema tradicional de la psicología centrada en la actuación individual.

## Psicometría

José Muñiz

*Universidad de Oviedo*

Como bien decía Thorndike, para conocer algo a fondo hay que hacerlo tanto a nivel cualitativo como cuantitativo, pues todo lo que existe, lo psicológico incluido, lo hace en una cierta medida. Medir lo psicológico nunca fue una tarea sencilla ni ajena a los debates, al menos medir las variables de mayor interés para nuestra disciplina. La razón de esta dificultad hay que buscarla en la especial naturaleza de lo psicológico, esa estrecha banda interactiva y mudable entre lo sociocultural y lo neurobiológico en la que tiene su asiento la explicación psicológica genuina. La medición rigurosa de lo psicológico hincó sus raíces en los trabajos psicofísicos de Fechner sobre las relaciones entre las estimulaciones físicas y las sensaciones suscitadas. A partir de ahí la tecnología de la medición empírica ha ido progresando por dos grandes avenidas: el escalamiento de estímulos y el escalamiento de sujetos, ligado éste al estudio de las diferencias individuales. La historia de los últimos cien años de estas dos líneas de trabajo está asociada a nombres tan egregios como los de Spearman, Thurstone, Cronbach, Lord... y, entre nosotros, naturalmente, Mariano Yela. En esencia, sus esfuerzos se centraron en garantizar que las escalas y los tests fuesen fiables y válidos, es decir, que midiesen con precisión aquello para lo que habían sido construidos. Puede decirse que lo lograron de forma razonable, la tecnología desarrollada para la construcción y análisis de los tests permitió un gran refinamiento de estos instrumentos con los que gran parte de la sociedad identifica a los psicólogos. Ahora bien, como cualquier otra tecnología científica, los tests son susceptibles de un uso inapropiado cuando caen en manos de profesionales carentes de la debida preparación, y ejemplos no han faltado a lo largo de la historia de la psicología. Pero ello no debe llevarnos a olvidar, como se hace a veces de forma superficial, que los tests fueron originariamente diseñados para evaluar a las personas según sus méritos demostrados y no por aspectos tan ajenos a la valía personal como la familia, la cuna, la clase social, la nacionalidad, raza, religión, partido político, o el ideario, por citar sólo algunos. La preocupación por el uso adecuado de los tests ha llevado a las sociedades científicas y profesionales a elaborar estándares técnicos y códigos éticos que sirvan de guía, orientación y norma para una práctica acorde con los avances de la ciencia psicológica (Muñiz, 1996, 1997).

Desde un punto de vista técnico, para los años 50-60 los tests habían alcanzado un gran desarrollo dentro del marco de la psicometría clásica, quedando lo esencial sintetizado en textos como los de Gulliksen (1950) y Lord y Novick (1968). No quiere ello decir que todo estuviese cerrado y en perfecta armonía,

pero los problemas planteados ya no encontraban una solución satisfactoria dentro del marco clásico. Será dentro del nuevo enfoque psicométrico de la *Teoría de Respuesta a los Items* (que se va imponiendo a partir de los años 60, para dominar la escena psicométrica de los 80-90), donde encuentren soluciones algunos de los problemas nuevos planteados y se potencien áreas que estaban estancadas por falta de una tecnología adecuada. La teoría de respuesta a los items va a dar una solución bien fundada a problemas centrales de la medición psicológica y educativa, tales como la necesidad de una invarianza de las mediciones respecto de los instrumentos utilizados y la invarianza de las propiedades de los instrumentos respecto de los objetos medidos, las personas. La teoría clásica se bandeaba en la práctica de forma sensata con estos problemas, pero su marco tecnológico no permitía una solución apropiada. Además de estos dos problemas de carácter fundante, la teoría de respuesta a los items dará un fuerte impulso a toda la tecnología de construcción y análisis de los tests. Así, por ejemplo, la Función de Información revoluciona la forma de estudiar la fiabilidad, y las técnicas estadísticas para la detección del sesgo de las pruebas dan una respuesta a la demanda social, atizada por los argumentos de Jensen, de que los tests no perjudicasen a determinadas subpoblaciones. Pero seguramente la revolución más importante en el ámbito de los tests sea la producida por la convergencia de los modelos de teoría de respuesta a los items y la informática, dando lugar a los *Tests Adaptativos Computerizados* (Renom, 1993). Este tipo de tests se adaptan a la persona evaluada, pudiendo decirse que técnicamente la era clásica en la que era necesario utilizar el mismo test con todas las personas para poder compararlas ha terminado; pues si bien el test utilizado para medir una variable no es el mismo para cada persona, el resultado vendrá expresado en la misma métrica. Las ventajas de ajustar la prueba a las características de la persona evaluada son muchas, la fundamental de las cuales es una mayor precisión de las mediciones. Basta echar una ojeada a las actas de los congresos especializados para observar que una buena parte de las discusiones psicométricas actuales gira en torno a los no pocos problemas nuevos generados por esta tecnología, pues, como es habitual, la solución a un problema siempre crea otros nuevos. Con este nuevo enfoque el énfasis que en la época clásica se ponía en el test como unidad de análisis ha pasado a los items, y, por ende, de los tests a los *bancos de items*. Los tests pasan a ser subconjuntos de items ensamblados en función de la situación de evaluación, aunque su métrica es común a la del banco del cual se extrajeron. Otro de los puntos calientes es la efervescente metodología diseñada para evaluar el sesgo de los tests, compitiendo técnicas surgidas dentro del enfoque de la teoría de respuesta a los items con las provenientes de otros enfoques distintos. Una línea de análisis y debate que viene de antiguo, sigue viva, y no parece que vaya a detenerla el cambio de siglo, es el enfrentamiento entre los partidarios de los items con formato de elección múltiple y aquellos que abogan por formatos más constructivistas, del tipo respuesta breve, ensayo, o últimamente, portafolios. Más que el formato en sí, todos son lícitos, la cuestión es cuál de ellos maximiza la fiabilidad y la validez (que no son negociables), y minimiza esfuerzos y economía; la respuesta dista de ser simple. He subrayado algunos de los aspectos más tecnológicos que ocupan el candelero psicométrico, y que todo hace pensar

que seguirán ocupándolo los próximos años, pero cuestiones más básicas y teóricas tales como la reificación de los rasgos, la transitividad de las mediciones, o su convergencia-divergencia, entre otros, siempre andarán rodando por los reales de la psicometría, pues son inherentes a la naturaleza de lo medido, a lo psicológico, no conviene engañarse (Michell, 1997; Muñoz, 1998).

Si como parece el mejor predictor del futuro es el pasado, la temática que tendrá ocupados a los psicómetros del XXI no estará muy alejada de los asuntos comentados, aunque el énfasis en unos o en otros lo irán condicionando las nuevas tecnologías de las que se disponga, como lo hacen hoy la informática y la telemática.

## REFERENCIAS

- Gulliksen, H. (1950). *Theory of mental tests*. New York: Wiley.
- Lord, F.M. & Movick, M.R. (1968). *Statistical theories of mental tests scores*. Reading, MA: Addison-Wesley.
- Michell, J. (1997). Quantitative science and the definition of measurement in psychology. *British Journal of Psychology*, 88, 355-383.
- Muñoz, J. (1996) (Coor.). *Psicometría*. Madrid: Universitas.
- Muñoz, J. (1997). Aspectos éticos y deontológicos de la evaluación psicológica. En A. Cordero (Coor.), *La evaluación psicológica en el año 2000*. Madrid: Tea Ediciones.
- Muñoz, J. (1998). La medición de lo psicológico. *Psychothema*, 10, 1-21.
- Renom, J. (1993). *Tests adaptativos computerizados*. Barcelona: PPU.

## La Psicología Evolutiva por venir

Jesús Palacios  
*Universidad de Sevilla*

El siglo XXI no será ya «el siglo del niño», etiqueta que se había utilizado a propósito del siglo XX. Tampoco podrá decirse de él que será el siglo de la adolescencia, o de la adultez o del envejecimiento, porque la Psicología Evolutiva está ya obligada a serlo del proceso completo de desarrollo humano. Sobre cada uno de los grupos de edad mencionados se seguirán acumulando evidencias nuevas, haciéndolo además desde perspectivas que sin duda serán también novedosas. Al lado de los temas tradicionales de investigación (sobre el desarrollo de los vínculos emocionales, por ejemplo, o sobre el desarrollo de la memoria, o del lenguaje, etc.), surgirán otros contenidos derivados de las novedades sociales y culturales. Algunas de esas realidades se otean ya en el horizonte, mientras que otras están demasiado lejos como para siquiera atisbarlas. Lo lógico es que con-

tinuemos acumulando conocimientos sobre temas clásicos, que emerjan temas nuevos y que aparezcan perspectivas explicativas que den cuenta de todo ello.

Pero creo que hay al menos un reto cuya semilla no se encuentra en el pasado de la Psicología Evolutiva del siglo XX, un reto para responder al cual no bastará con más de lo que ya tenemos, sino que exigirá nuevas aproximaciones y tal vez una mentalidad algo diferente. Me refiero al reto de hacer la Psicología Evolutiva aún más útil para la gente, para los padres, para los profesores, para los adolescentes, para las personas adultas y los ancianos, así como para los agentes de intervención social. Hay todavía una gran distancia entre las preguntas que proceden de la realidad cotidiana y las que proceden de la realidad investigada (realidad ésta que a veces tiene sólo existencia virtual y que reproduce en los cenáculos de investigación el cínico axioma de la política exterior estadounidense de acuerdo con el cual para resolver un problema primero hay que crearlo). Pero para acercar esas dos realidades es necesario que se produzcan cambios en al menos dos direcciones, a mi entender.

En primer lugar, una mayor sensibilidad de los investigadores respecto a las diferencias interindividuales en los procesos de desarrollo. La Psicología Evolutiva del siglo XX ha sido la de los procesos normativos de desarrollo, si acaso con algún reconocimiento de la existencia de variaciones de estilo (estilo de apego, estilo de transición a la parentalidad, estilo de crisis de la mitad de la vida, etc.). Pero a medida que los estilos de vida y las realidades sociales se diversifican (por citar sólo un ejemplo: nuevas realidades en la vida familiar), a medida que el campo de la «normalidad» va ensanchando sus fronteras, las descripciones meramente normativas se van quedando más cortas. Las evidencias sobre diferencias interindividuales que van más allá de variaciones de estilo están en algunos datos de investigación y están, sobre todo, en la gente, en la realidad, en los problemas que preocupan a padres, a profesores, a planificadores y proveedores de servicios relacionados con el desarrollo. Dejaremos muchos de esos problemas sin respuesta mientras no estemos mejor pertrechados de conocimientos sobre por qué unos somos tan diferentes de otros y cuáles son las exigencias que esas diferencias plantean de cara al asesoramiento familiar, a la intervención educativa, etc.

En segundo lugar, una mayor inclinación por parte de los investigadores a vincular sus investigaciones a situaciones y problemas de la vida cotidiana, así como a procesos de intervención sobre el desarrollo o sobre los contextos y agentes de desarrollo. No se trata de contraponer la investigación básica con la investigación aplicada, sino de estimular la realización de investigaciones básicas en contextos cotidianos y aplicados, lo que sin duda reportará beneficios mutuos, dando lugar a una investigación básica más pertinente (y más sensible a las diferencias a que se ha hecho referencia en el párrafo anterior), y a unas intervenciones mejor fundadas. Se ha avanzado mucho ya en esta dirección, pero sin duda sigue habiendo un amplio camino por delante que merecerá la pena recorrer y que nos enseñará muchas cosas.

Dentro de poco doblaremos la esquina del siglo. No sabemos del todo lo que nos vamos a encontrar a la vuelta de esa esquina. Sólo sabemos que depende en parte de nosotros y de las decisiones que tomemos. Ojalá que esas decisiones

sirvan para mejorar nuestro conocimiento del ser humano y, sobre todo, para mejorar las condiciones de desarrollo del ser humano. Por modesta que sea, a la Psicología Evolutiva le corresponde alguna responsabilidad en ese empeño y merece la pena tratar de responder satisfactoriamente al reto.

## Ciberpsicología: un paso más allá

José M<sup>a</sup> Prieto  
*Universidad Complutense*

### *Parte del mañana no está en un arca cerrada*

Durante la década de los noventa, Internet se ha abierto paso en los campus universitarios. Para la vieja guardia, Internet es una herramienta que facilita la comunicación y el acceso a bases de datos. Para la joven guardia, Internet es un nuevo marco de referencia a la hora de a) diseñar estudios experimentales y de campo abierto, b) crear aulas virtuales en las que desarrollar enfoques docentes y estrategias de aprendizaje diferentes, c) poner en marcha procedimientos de trabajo e intercambio profesional de nuevo cuño. Los siguientes ejemplos son un botón de muestra.

Es posible diseñar una página *web* para localizar y trabajar con internautas que tengan un determinado perfil, por ejemplo, daltonismo. En la página de entrada se sitúan determinados estímulos gráficos utilizando colores estables debidamente seleccionados. Las personas que no tengan daltonismo pueden ser encauzadas hacia unas páginas de salida, mientras que quienes padezcan daltonismo pueden ser encauzadas hacia unas páginas concretas. Los sujetos experimentales se adentran en el laberinto y los sujetos de control salen por la puerta grande. La clave está en crear una página lo suficientemente atractiva como para atraer golosos a un panal de rica miel, convirtiéndolos en curiosos sujetos para un laboratorio que funciona las veinticuatro horas durante los días que sea pertinente.

Son cada vez menos los que recuerdan qué era un mimeógrafo y cómo se rellenaba un ciclostil. Era tecnología de los setenta. Pocos conciben hoy la vida universitaria sin fotocopias. Es una tecnología de los ochenta. Los escáneres son una tecnología de los noventa. Tienen un precio muy barato. Es más económico escanear documentos de clase, situarlos en un servidor del campus y permitir que el alumnado copie en su disquete los documentos que debe consultar. En realidad es un solo ejemplar el que se escanea; los derechos de autor de una copia

están cubiertos por los acuerdos que las universidades tienen firmados. Pueden incluso comprimirse tales ficheros añadiendo una contraseña que sólo lo descomprima correctamente para el alumnado que está matriculado. El profesor, en su casa o en el despacho, puede elaborar un conjunto de transparencias electrónicas, situarlas en un segmento del servidor de su departamento para que el alumnado autorizado acceda cuando le convenga a dichos materiales didácticos. El alumnado puede convertir sus trabajos a hipertexto y situarlos *online* para que puedan recibir la oportuna realimentación de sus amistades. Materiales que se redactaban para que el profesorado los calificara pasan a ser ahora un hiperdocumento donde se integran texto, imagen, sonidos, animaciones, enlaces a otros documentos relevantes. Los trabajos de toda una clase pueden grabarse en un CD-Rom y cada alumno/a guardar su copia a un módico precio. Inclusive pueden crearse listas de discusión cerradas para el alumnado de una asignatura que intercambian mensajes electrónicos entre ellos y el profesorado a lo largo del curso. El aula virtual a finales de los noventa tiene señas de identidad muy distintas a las aulas convencionales.

Hay profesionales que intercambian, por ejemplo, ficheros que contienen las respuestas a tests psicométricos o proyectivos con el propósito de sopesar un diagnóstico antes de redactar un informe pericial. Otros desarrollan programas terapéuticos con que abordar problemas de fobias o nuevas gamas de tests psicológicos de selección de personal recurriendo a la realidad virtual. Utilizando videocámaras digitales se están ensayando nuevas modalidades de programas de apoyo psicológico: el psicólogo/a en su despacho, el paciente en su contexto real.

Internet existe porque determinadas personas se empeñaron en trasladar al monitor fantasías que estaban en su mente. La ciberpsicología está cobrando fuerza porque un grupo creciente de psicólogos/as de todo el mundo se están empecinando en abrir nuevos cauces que resuelvan cuestiones académicas y profesionales que aún estaban pendientes. Se trata, pues, de un paso hacia el más allá, como han dado muchos, desde el principio de los tiempos, quienes se han dedicado al progreso científico y tecnológico.

A finales del siglo XIX Wundt situó el punto de mira de la psicología en el estudio experimental de la experiencia inmediata a través de la auto-observación y el análisis de los productos culturales de la mente. A finales del siglo XX la psicología está estudiando los productos culturales que pululan en el ciberespacio entendido como una extensión de la mente humana. La clave está en no aburrirse, en entretenerse indagando e investigando de modo distinto al consabido, disfrutando con los soportes físicos, lógicos y telemáticos. Juntos configuran un entorno digital en el que abundan cogniciones, emociones, actitudes, valores y comportamientos de nuevo cuño.



## La verde madurez de la psicología

Carles Riba

*Universitat de Barcelona*

Cualquier pronóstico sobre lo que pueda ser la psicología del siglo XXI parece aventurado sin un balance previo de lo que ha sido durante el siglo XX. De los diferentes horizontes que la esperan el que incita mi mayor curiosidad es su futuro estatuto como ciencia, hoy día rebajado injustamente unas veces, otras ensalzado con demasiada ligereza. A finales de siglo y de milenio no podemos aplazar por más tiempo el plantearnos cuestiones epistemológicas esenciales, alrededor de la fundamentación y el desarrollo de nuestra disciplina; cuestiones no siempre bien recibidas —o recibidas con sorna—, tanto en el ámbito de la academia como en el profesional; problemas relacionados con la fragmentación de la disciplina, con la falta de teorías consistentes, unificadas, con el estudio de constructos, con nuestra peculiar manera de medir y predecir. Reservas que poco tendrían que ver con las que han sido oficiales durante las últimas décadas; digamos, con las de un Bunge. El peligro no radicaría tanto en que la psicología fuera sorprendida sin su uniforme de «científica», con el aspecto de una «mancia» o una subciencia, sino más bien en lo contrario; en que obcecada en cumplir a rajatabla los criterios del positivismo más rígido continuase *quemando etapas* en su carrera hacia la meta de la científicidad, hacia su reconocimiento como ciencia o, incluso, como ciencia natural. Y, desde luego, otro riesgo mayor sería el de no admitir estos problemas, lo que con frecuencia no parece sino ocultar un miedo visceral a enfrentarse con aquellas dudas que puedan minar la fe en la disciplina, en su madurez y en su aceptación incondicional en el mundo de la universidad y en el de la sociedad.

Esta prisa en llegar a ser una ciencia en plenitud, reconocida como tal, nos ha llevado demasiado rápidamente al siglo XXI. Esta aceleración que nos ha hecho estudiar los constructos de la inteligencia y la personalidad casi en los balbuceos de la disciplina (imaginemos a Copérnico estudiando agujeros negros o a Linneo postulando el gen) ha sido un obstáculo para la realización de buena parte del trabajo que una ciencia joven debe emprender: definir, medir, clasificar, describir.

A pesar del poco espacio de que dispongo no puedo resistir la tentación de traducir sobre la marcha un texto de Roger Barker, extraído de las primeras páginas de su *Ecological Psychology* (1968). Dice Barker:

Las fases ecológica y descriptiva de la investigación, las fases de historia natural, han jugado un papel mínimo en psicología, lo que ha limitado seriamente esta ciencia... Si bien contamos con registros diarios del contenido de oxígeno de un río, de la temperatura del

suelo de un maizal, de la actividad de los volcanes, de la conducta de los petirrojos durante la nidificación, de la tasa de absorción del yoduro de sodio por los cangrejos, en cambio ha habido muy pocos registros científicos de cómo las madres cuidan a sus hijos, de cómo los maestros actúan en clase (y de cómo les responden los niños), de qué dicen y hacen realmente las familias durante las comidas, de cómo vive su vida un muchacho desde que se levanta hasta que se acuesta.

Ciertamente, una parte de las deficiencias señaladas por Barker pueden considerarse subsanadas actualmente (en algún caso, gracias a su influencia); pero si nos atenemos al espíritu del texto, más que a su letra, está fuera de duda que la psicología empezó la casa por el tejado: experimentando antes que observando; abordando inobservables antes que otros objetos de estudio más próximos y cotidianos. El porqué de ello es un apasionante tema para los historiadores; pero hay un factor que no podemos escamotear en una reflexión como la propuesta, y es el de la intensa demanda social a que se ha visto sometida la psicología desde sus inicios. Había —y hay— problemas, y la psicología podía solucionarlos. Creo que esta demanda ha forzado y deformado la oferta psicológica, científica y profesional, y que a menudo los psicólogos/as se han visto inducidos a dar respuestas para lo que no disponían de un cuerpo suficiente de conocimientos teóricos o técnicos a los que recurrir.

¿Frenará la psicología del siglo XXI esta tendencia? ¿Retrocederá para poder seguir adelante? Difícilmente, sin una postura crítica y sin prejuicios. La psicología ha madurado antes de tiempo, es una ciencia sin infancia. ¿Qué ciencia ha alcanzado la mayoría de edad en poco más de cien años? Cuando la psicología no estaba preparada para responder científicamente a ciertas preguntas, para resolver eficazmente ciertos problemas sociales, para establecer ciertas clasificaciones y medidas, ha aceptado la tarea sin titubeos y, a mi juicio, con escasa responsabilidad. Para ser tenida en cuenta en la universidad, en la sociedad, ha esgrimido unos títulos que *aún* no había ganado. En el siglo XXI, por tanto, la psicología ha de aprender a decir «no», «no lo sé», en aquellas ocasiones en que éstas sean las respuestas más sinceras. De lo contrario seguiremos verdes y —lo que es peor— cada vez seremos menos conscientes de ello.

## REFERENCIAS

Barker, R. (1968). *Ecological Psychology*. Stanford (Cal.): Stanford University Press.

## La encrucijada de la psicología del desarrollo en el cambio de siglo: etapas, contextos y dominios de conocimiento

María José Rodrigo  
*Universidad de La Laguna*

Como reza el título de este breve ensayo «futurista», me propongo reflexionar sobre uno de los grandes retos que debe afrontar el estudio del desarrollo humano en los próximos años: situar el análisis de los cambios evolutivos en unas nuevas coordenadas conceptuales que destaquen: *a)* la existencia de universales cognitivos y sociales que moldean la mente humana; *b)* la relevancia de las funciones constructivas del conocimiento cotidiano sobre la realidad, y *c)* la importante contribución de los contextos socioculturales en las formas de despliegue y negociación interpersonal de dicho conocimiento.

Todo empezó hace años con el aluvión de críticas vertido sobre las propuestas piagetianas en torno a la existencia de cambios estructurales generales, motivados por modificaciones en las operaciones mentales lógicas, y que afectan a todos los dominios de conocimiento. Su excesivo énfasis en el componente operatorio sobre el componente figurativo había relegado a segundo plano el estudio del contenido de las representaciones y la especificidad de sus procesos de aprendizaje. Más recientemente, bajo la inspiración de las corrientes vygotskianas y neovygotskianas, se ha desplazado el análisis del cambio individual al marco de los procesos interpersonales que tienen lugar en los contextos socioculturales.

Como resultado del énfasis en el origen social y compartido de las representaciones, se ha descuidado el análisis de los cambios que sufren estas representaciones en la mente de las personas.

Por último, de la mano del enfoque de dominios, se ha diversificado el estudio del cambio según ciertas áreas de conocimiento (que algunas veces recuerdan peligrosamente a los campos disciplinares de la ciencia), entre las que resulta difícil entrever unas dimensiones de cambio comunes que puedan reflejar un cierto carácter unitario del procesador humano.

Sin duda, no podemos dejar de reconocer aquí los méritos que han acumulado los tres enfoques del desarrollo que acabamos de nombrar.

De las teorías de estadios hemos recibido una lección de universalismo, gracias a la cual se han descrito algunas propiedades y funciones generales del procesador humano, sus directrices de cambio global y el modo en que se van plasmando dichas modificaciones siguiendo un orden secuencial e invariante.

Las teorías contextualistas han llenado el escenario del desarrollo de un rico entramado de personas que realizan, de manera negociada, un conjunto de

actividades y tareas significativas para la cultura, y que conforman el escenario sociocultural en el que las personas construyen su conocimiento. Gracias al estudio de los contextos socioculturales se va eliminando la idea de que existe un solo estadio ideal de conocimiento adulto (el teleologismo típico de las teorías de estadios). Por el contrario, se admite la existencia de versiones alternativas de conocimiento mediatizadas por los contextos socioculturales, que regulan los procesos de adquisición de conocimiento a todas las edades. En este sentido, cobra mucha importancia el estudio de los procesos de negociación del conocimiento cotidiano hasta llegar, si es posible, a visiones compartidas por los grupos sociales.

Por último, de los modelos de dominios hemos aprendido que el estilo de conocimiento humano se manifiesta muy tempranamente, conformando lo que podríamos llamar las teorías naturales o presuposiciones fundamentales sobre el mundo físico y social. Así se ha podido constatar cómo bebés y adultos comparten una misma vocación constructiva y articulan su conocimiento a partir de unos determinados pilares conceptuales.

Uno de los retos que tiene planteado el estudio del cambio en los próximos años es el de elaborar una teoría del desarrollo de las funciones constructivas del conocimiento cotidiano, que incluya la aparición de los primeros pilares conceptuales definidos por las invarianzas biológicas y culturales que caracterizan a nuestra especie como constructora de teorías implícitas sobre la realidad; que analice su despliegue posterior en varios dominios de conocimiento, y que, dentro de cada dominio, describa las versiones alternativas que presenta el conocimiento según los procesos interpersonales de negociación de representaciones.

Además, estos procesos de influencia interpersonal llevarían a cambios sustanciales en el conocimiento de dominios que seguirían ciertas líneas maestras o dimensiones básicas de cambio. Se está en vías de definir las dimensiones de cambio por las que transcurre el desarrollo de dicho conocimiento de dominios cualquiera que éste sea, de modo que pueda llegarse a una imagen más unitaria del cambio como señalábamos más arriba. Asimismo, queda por dilucidar si los procesos de cambio que se producen como resultado de procesos de enseñanza-aprendizaje planificados y sistemáticos siguen dichas dimensiones de cambio o inauguran otras nuevas.

Pero además, junto al estudio del origen y despliegue del conocimiento semántico de dominios (teorías implícitas), habría que contemplar el origen y desarrollo del conocimiento episódico ligado a la representación de situaciones. Sólo así se entendería la naturaleza de los cambios situados que tienen lugar en los escenarios socioculturales donde se negocian las representaciones.

En tales escenarios, las personas cuentan con un conocimiento semántico del mundo pero éste debe integrarse con una representación situada de las actividades y tareas que se realizan para poder adecuarse a las demandas de las mismas. En suma, se trataría de reconocer la existencia de dos tipos de cambio en el conocimiento de dominios: aquellos cambios globales de carácter esquemático (menos frecuentes y de obtención a largo plazo) y los cambios situados en las representaciones episódicas o modelos mentales de las tareas, actividades o situaciones (más frecuentes y de obtención a corto plazo). En definitiva, la psicología

del desarrollo de los próximos años deberá navegar con cautela por el triángulo de las Bermudas constituido por los tres marcos explicativos del desarrollo, «etapas-contextos-dominios», superar la tentación del «todo vale» y, aun así, arribar a puerto seguro.

## Haciendo psicología y hablando sobre psicología

Alberto Rosa

*Universidad Autónoma de Madrid*

Los números que incluyen ceros a la derecha parecen ejercer una fascinación especial, sobre todo cuando sirven para cuantificar bienes que nos resultan valiosos, como es el caso de los años ya pasados. Muy pronto nos encontraremos en un año que acumula la muy poco frecuente cantidad de tres ceros, lo que hace que nuestra temporalidad se nos haga presente con cierta urgencia. Y cuando tal cosa sucede, nos da por preguntarnos por el pasado, el presente y el futuro de nuestra actividad: para nosotros, y en lo que aquí nos ocupa, la psicología.

Este número de la revista no está, como los demás, dedicado fundamentalmente a comunicar nuevos resultados dentro del proceso de hacer psicología. Por el contrario, más bien representa una pausa en la labor de producir conocimiento; lo que aquí se hace es algo así como levantar la vista del surco de trabajo de cada uno, y mirar hacia atrás para ver los resultados del trabajo colectivo últimamente desarrollados; para, a partir de allí, orientar nuestra acción presente hacia el horizonte que, nos parece, señala el camino ya recorrido. Dicho de otro modo, lo que se pide a quienes aquí ofrecen una contribución, no es sólo un informe de cómo están las cosas en psicología, sino también una evaluación y una orientación hacia el futuro. En cierto modo, se les pide que se pongan en el ámbito de su especialidad profesional en una tesitura de ánimo comparable a la que los historiadores han de tomar profesionalmente. Por otra parte, podría pensarse si eso que se les pide es propiamente, o no, una participación auténtica en el proceso de producción de conocimientos en psicología. Algunos podrían pensar que no es efectivamente así, puesto que lo que se les demanda es un producto literario bien diferente al del informe empírico. Pero, otros podrían argumentar que lo que se ofrece como demanda a la petición de los editores sí es una contribución para el desarrollo de la psicología, si bien ésta consistiría, precisamente, más en un *hablar sobre* psicología, que en *hacer* psicología. Pero, ¿es que es posible establecer una distinción tan clara entre *hacer* algo y *hablar sobre* ese algo?, ¿no se da el caso de que en ciencias sociales ambos aspectos vienen entrelazados de forma inevitable al tratarse con *cuasi-objetos* (Latour, 1991) constituidos por la propia acción de estudiarlos?,

¿no sería verdad que siempre que se escribe en una revista científica de psicología, al mismo tiempo *se hace y se habla* sobre psicología, aunque, sin duda, el texto que se produzca tenga siempre más de una cosa que de la otra?

Dado que mi ámbito profesional es el de la Historia e la Psicología, mi modesta contribución al diálogo contenido en estas páginas es la de llamar la atención sobre algunos desarrollos recientes en esta disciplina, dedicada de forma más o menos rutinaria, precisamente, a examinar, describir, explicar y evaluar la psicología, es decir, a *hablar sobre* psicología. En los últimos años ha tomado cierta notoriedad una nueva manera de hacer Historia de la Psicología que creo tiene un interés especial para la psicología misma, más allá de lo que su propia historia pueda tener de utilidad para los psicólogos. Una forma de trabajar en Historia de la Psicología, que puede hacer que ese modo de *hablar sobre* psicología, pueda contribuir en algo a *hacer* psicología.

Lo que algunos han venido en llamar «giro lingüístico» ha afectado a la Historia de la Psicología. Autores como Dazinger (1997), Grauman y Gergen (1996), Leary (1990) o Soyland (1994) se dirigen al estudio de la psicología con una orientación que debe no poco a la de los críticos literarios. Dicho de otra manera, a la hora de tomar a la psicología como objeto de estudio, la consideran no sólo como una organización social, como contribuciones de individuos destacados, como un conjunto de ideas que se despliegan en el tiempo (algo bastante inapresable como objeto de estudio empírico —y la historia es una disciplina empírica), sino de manera mucho más terrenal consideran a la psicología (en tanto que su objeto de estudio) como textos, como discursos, como resultados de actos comunicativos. Esta manera de contemplar el resultado de la labor de los psicólogos no sólo está contribuyendo a hacer que la Historia de la Psicología se vaya convirtiendo en una historia intelectual, sino que, al mismo tiempo, tiene el valor añadido de contribuir (o así esperamos algunos) a poner de manifiesto entre los psicólogos que el *hacer* psicología (como es el caso de cualquier otra ciencia) es inevitablemente *hablar de y sobre* psicología, lo que nunca puede ser ajeno al *cómo*, al *por qué* y al *para quién* se habla, si es que nos creemos lo que la propia pragmática indica respecto a la función comunicativa y la regulación de la acción propia, y de la de los demás.

Esta manera de *hacer* Historia de la Psicología representa un uso metodológico de la reflexividad (Rosa, 1994; Rosa, Huertas y Blanco, 1996), que contribuye a que los psicólogos tomen conciencia no sólo de lo que se hace al *hacer* psicología, sino que esa acción misma, en tanto que acción, en tanto que actos de habla, no es sólo un proceso de construcción de conocimiento situado en contextos concretos de actividad (Valsiner, 1998) y, por consiguiente, tiene una naturaleza histórico-cultural; sino que, también, en no poca parte participa del proceso social de construcción del propio objeto que se estudia, mediante la capacidad realizativa que al habla del psicólogo su posición social le atribuye.

## REFERENCIAS

- Dazinger, K. (1997). *Naming the Mind*. London: Sage.

- Grauman, C.F. & Gergen, K.J. (1996). *Historical Dimensions of Psychological Discourse*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Latour, B. (1991). *Nous n'avons jamais été modernes*. Paris: La Découverte.
- Leary, D. (1990). *Metaphors in the History of Psychology*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Rosa, A. (1994). History of Psychology. A ground for reflexivity. In A. Rosa Y J. Valsiner (Comp.), *Explorations in Socio-Cultural Studies*. (vol. I) *Historical and Theoretical Discourse*. Madrid: Fundación Infancia y Aprendizaje.
- Rosa, A., Huertas, J.A. y Blanco, F. (1996). *Metodología para la Historia de la Psicología*. Madrid: Alianza.
- Soyland, A.J. (1994). *Psychology as Metaphor*. London: Sage.
- Valsiner, J. (1998). Editorial. Culture & Psychology on the move. *Culture & Psychology* 4 (1), 5-10.

## Anticipando el futuro

Miquel Siguan  
*Universitat de Barcelona*

Al intentar pensar en el desarrollo de la psicología en un futuro previsible me veo llevado a distinguir entre lo que desearía que sucediese y lo que supongo que efectivamente va a ocurrir. Lo que me gustaría que ocurriese es que la psicología dejase de ser una colección de campos de conocimientos relacionados de algún modo con el comportamiento humano, cada uno con sus hipótesis básicas y su propia metodología, para convertirse en una verdadera ciencia en el sentido de un conjunto sistemático de conocimientos rigurosos y verificables sobre el comportamiento humano. Lo cual quiere decir que me gustaría que cesase la actual dicotomía entre unas explicaciones basadas en la estructura del individuo y en último término en su fisiología y otras basadas en las interacciones sociales. Y me gustaría igualmente que en vez de seguir enfrentando explicaciones causales y explicaciones genéticas se pusiese en claro la relación que puede existir entre ambas. Y no hace falta decir que me gustaría que cesase la ambigüedad que significa el que sólo se admitan como datos psicológicos las observaciones externas cuando la mayor parte de los conceptos que manejamos los psicólogos sólo tienen sentido a partir de la experiencia interna.

Pero no creo que esto ocurra. Las ciencias naturales hace tiempo que consagraron una concepción sólida de lo que es el objeto de la ciencia y de la metodología para alcanzarlo y hace tiempo también que la psicología científica aceptó esta metodología. Y aunque la física teórica moderna ha desbordado ampliamente la concepción clásica de la materia el hecho no ha repercutido sobre la investigación natural ni ha impulsado a los psicólogos a desprenderse del modelo explicativo de la física clásica.

Y si esto no ocurre ¿qué es lo que creo que ocurrirá?

Una pista nos la ofrece lo que ha ocurrido con el conductismo que durante casi medio siglo ha dominado el panorama de la psicología científica y que ha

perdido, de una manera bastante rápida, este lugar sin que de ningún modo se haya demostrado su falsedad sino simplemente porque una mayoría de psicólogos han dejado de interesarse por él y se han decantado por el cognitivismo que trata de temas que el conductismo había dejado de lado. Así en muy poco tiempo el cognitivismo ha ocupado la posición que dejaba vacante el conductismo. Es evidente que al cognitivismo le queda mucho campo por correr, basta pensar en los argumentos que pueden aportarle los progresos en el conocimiento de la fisiología del sistema nervioso e incluso la fisiología humana experimental y también en la complejidad creciente de los sistemas informáticos pero es igualmente evidente su carácter parcial, de modo que tarde o temprano se producirá un cansancio y un bandazo. Pero un bandazo ¿en qué dirección?

Aunque anticipar el futuro es arriesgado parece razonable pensar que el nuevo paradigma coloque en primer lugar la afectividad y la acción, precisamente los aspectos que el cognitivismo deja de lado; parece igualmente razonable pensar que el nuevo paradigma intente colmar el foso antes señalado entre las explicaciones a partir de la fisiología y las dependientes de la sociología incluso si no lo consigue. Y lo que sobre todo parece razonable pensar es que el nuevo paradigma nazca de la presión de los profesionales de la psicología ya que lo que parece evidente es que en el siglo próximo el papel de los psicólogos en la vida individual y colectiva no hará más que crecer. Por lo que el nuevo paradigma lo podríamos imaginar como lo que ha representado el psicoanálisis pero con una base metodológica más sólida y una fundamentación científica.

Pero tampoco puede excluirse la posibilidad de que la perduración de la pluralidad de explicaciones psicológicas y la distancia cada vez mayor entre las psicologías científicas y las demandas populares de orientación existencial favorezcan la aparición y la popularidad de explicaciones irracionales del comportamiento. Una posibilidad en las antípodas de mis deseos pero que el descenso generalizado del espíritu crítico me hace temer.

## La psicología clínica, la psico(pato)logía y las técnicas de psicoterapia en los umbrales del siglo XXI

Jorge L. Tizón  
*Institut Català de la Salut*

Me preguntan mi opinión, «desde mi óptica e inquietudes», sobre la psicología en los umbrales del siglo XXI. Tanto por mis conocimientos, como por mi práctica cotidiana, como por la limitación de este breve escrito, sólo podré referirme en él a mi perspectiva de la situación de *algunas* de las disciplinas psi-



cológicas ante el final del siglo XX. Perdonen pues mi parcialidad y lo esquemático de muchas de las afirmaciones que vendrán detrás, esquematismo que intento disminuir proporcionando el trabajo o el libro donde, tal vez, el lector podrá encontrar las necesarias matizaciones de algunas de las aseveraciones que apunto.

Mi opinión es que, en estas disciplinas de la psicología más relacionadas con la psicología clínica y las técnicas de ayuda a los seres humanos que sufren por motivos psico(pato)lógicos, estamos ante un conflicto fundamental. Un conflicto ante el cual deberíamos unirnos todos los que defendemos la autonomía (relativa) y la validez del campo de *lo psicológico* como diferenciado de lo biológico y lo social. Me refiero al conflicto de intereses que enfrenta una perspectiva no reduccionista de nuestras disciplinas con la perspectiva biologista dominante de las mismas.

Efectivamente, ante el final de siglo, gracias a los importantes descubrimientos realizados en el campo de la neurobiología y neuroquímica, así como a complejos sistemas de mercadotecnia, en muchas de nuestras disciplinas hemos perdido o podemos perder esa *autonomía relativa*. En realidad, a nivel práctico, asistimos a un rebrote del organicismo y el biologismo: cada vez más, en numerosos países «del primer y segundo mundos» las disciplinas psico(pato)lógicas y las técnicas psicológicas están siendo arrinconadas —en cuanto a presupuesto, instituciones, organizaciones y dotaciones— por las técnicas biológicas. Yo diría más: hablaría de un *imperialismo finisecular del biologismo* (y, como ustedes saben, diferencio el biologismo de las técnicas biológicas (Tizón, 1978; Tizón *et al.*, 1986)). No sólo es que el uso de psicofármacos, electroshock, psicocirugía, etc esté aumentando, sino que *lo está haciendo también a costa de la reducción de las posibilidades de muchas disciplinas psicológicas y psicosociales*. Y que si bien, como decía, parte —¡parte!— de ese aumento avanza con el viento de popa de datos como la mayor potencia, seguridad y selectividad de los nuevos psicofármacos —criterio técnico— y del mayor conocimiento del SNC —criterio empírico-teórico—, se apoya sin embargo en buena parte en un reduccionismo epistemológico —para el cual acuñé ya hace años el término *biologismo (ibidem)*— y, a nivel pragmático, en un uso politicosocial abusivo del mismo. Un uso abusivo e ideológico del biologismo logrado no tanto mediante el convencimiento teórico o técnico, sino mediante complejos sistemas de mercadotecnia y organización en grupos de presión de ciertos sectores del aparato industrial-sanitario.

La irracionalidad de las exageraciones biologistas es tal que no dudo que en pocos años —en el peor de los casos, decenios— ese imperialismo se derrumbará como un auténtico «tigre de papel»: sus costos son exponenciales, consume cada vez mayores presupuestos que tienen que sustraerse de otras posibilidades de la investigación, de las técnicas terapéuticas y de los presupuestos del Estado, genera cada vez mayor rechazo social... Pero hasta entonces, su dominio socioeconómico puede acarrear importantes desventuras y desvaríos a nuestras disciplinas... e importantes sufrimientos a las poblaciones y a las sociedades que se dejen dominar por el mismo.

Porque, por el contrario, parece que cada vez cobra más relevancia la posibilidad de que la diferenciación de la psicología contemporánea en «orienta-

ciones», «ramas» o «escuelas» vaya a ir cristalizando en «diversos enfoques», «puntos de mira», «vértices de observación» o, simplemente, *disciplinas para el hecho psicológico humano*. ¿Tal vez en una forma en cierto modo similar a cómo, desde una matriz inicial común pero compuesta por paradigmas divergentes, la medicina y la biología modernas están utilizando aproximaciones diversas? Ya que hablo del problema del biologismo, quiero escoger aquí metáforas y comparaciones entre psicología y biología. En efecto: en medicina contemporánea, las aproximaciones clínicas y de investigación pueden estar basadas en la física (traumatología, anatomía...), en la bioquímica, en la fisiología molecular, celular o de sistemas, en la ecología y la antropología diferencial, etc. Así, un mismo hecho clínico o biológico puede estudiarse (y, en ocasiones, tratarse) con procedimientos quirúrgicos, rehabilitadores, físicos, químicos, psicológicos en ocasiones, de medicina nuclear, etc. «En teoría», siempre hay un «método de elección», un método más eficaz, efectivo y, tal vez, eficiente. Pero ¿en qué «teoría»? Además, esas decisiones no se toman (casi) nunca en el terreno de la teoría, sino de la pragmática.

En ese sentido, por tanto, es posible que también puedan irse definiendo aún más en el futuro *perspectivas teóricas y terapéuticas psicológicas diferenciadas* para su uso a nivel emocional-cognitivo (psicoanálisis y derivados), cognitivo, conductual o psicosocial, por ejemplo. Tal vez en forma similar a como existen terapéuticas físicas, bioquímicas, quirúrgicas, nucleares y moleculares, etc —con sus correspondientes métodos de exploración—.

Todo ello es más relevante en las postrimerías del siglo XX, cuando la *convergencia* entre diversos *sistemas de psicoterapia* está siendo favorecida, por un lado, por el propio desarrollo técnico y científico-técnico. Por otro, por las conexiones crecientes con las ciencias de base, la psicología clínica y la psicología de la personalidad. También, por la investigación empírica. Pero creo que, a fuer de sinceros, no hemos de olvidar que, tal vez por encima de otros empujes, están contribuyendo a esa convergencia los diversos sistemas de supervisión y control puestos en pie por las *administraciones públicas* para investigar la racionalidad y eficiencia de las técnicas de psicoterapia —de una forma similar a como desde hace años se viene realizando con las técnicas sanitarias (Tizón, 1997a; Tizón *et al.*, 1997b).

Ello no es óbice para mi opinión provisionalmente escéptica sobre la posibilidad a *corto plazo* de una supuesta *integración ecléctica* (y, menos aún, para un real *sincretismo*) entre los diversos *sistemas de psicoterapia*: mi impresión es que tal *integración ecléctica* resulta, hoy por hoy, aún lejana en el campo de la teoría e incluso de la «teoría de la técnica», mas no así en el terreno de las técnicas y procedimientos concretos. Como ya he dicho en otras ocasiones (*ibidem*), no soy de la misma opinión en cuanto al tema de la *complementación* de las diversas técnicas, procedimientos... e incluso *sistemas* de psicoterapia. Creo que, por el contrario, ésta hoy es *posible, necesaria y que, en buena medida, ya está en marcha*. Y está en marcha tanto en su aplicación a casos individuales como en su aplicación a poblaciones y dispositivos asistenciales (*ibidem*).

Por tanto, a nivel de los programas, protocolos y sistemas terapéuticos concretos, la convergencia en nuevos modelos explicativos y nuevas técnicas y

tecnologías parece la dirección más probable del desarrollo. Aunque en más de un momento no parezca sino un *desideratum*. La realidad es que, en numerosas ocasiones, en nuestras disciplinas seguimos habiéndonoslas con elementos de artesanado, de «arte» y «juicio clínico»; con elementos paracientíficos, ideológicos o incluso precientíficos; con contradicciones, desavenencias, obscuridades teóricas, dificultades o desinterés por formalizar y axiomatizar... Todo ello pesa tanto en el panorama de la psico(pato)logía y las modernas técnicas de psicoterapia que mi opinión provisional es que aún no resulta posible un eclecticismo técnico y pragmático. Y que los eclecticismos teóricos me parecen a menudo simultáneamente ingenuos e incompletos. Creo que aún quedan años y años en los cuales es de desear una real profundización en la formación según cada programa de investigación, ayudándonos con la crítica y el estímulo de los programas alternativos. Años en los cuales será difícil reducir la enorme inversión de esfuerzos que precisan los programas de formación en psicoterapia (realmente, muy poco eficientes hoy por hoy). Además, al final de esos años, no vamos a encontrarnos en el reino tranquilizador de la teoría sin fisuras y la práctica sin problemas. Por el contrario, mi impresión actual es que en el campo de las técnicas de psicoterapia lo que se necesita es una *progresiva especialización de las técnicas* no en función de la escuela teórica, la formación del terapeuta y, en definitiva, cuestiones de sectarismo, poder y prestigio... sino *en función del paciente, la comunidad y sus problemas*. En definitiva, una más que necesaria introducción de las exigencias de la *asistencia sanitaria centrada en el consultante* (ASCC), que he propuesto para la atención sanitaria en general (Tizón, 1996), *también en el campo de las técnicas de psicoterapia*.

Ello significará, desde luego, importantes cambios *a corto plazo* en la teoría psicoanalítica, por citar mi ámbito de especialización (Tizón, 1997; Bofill *et al.*, 1991; Tizón, 1997b). Y, desde luego, como ya he tratado en numerosas ocasiones, nuevas vías de *complementación* entre los programas de investigación del cognitivismo y el psicoanálisis (Tizón, 1997a; Bofill *et al.*, 1994). Algo imposible de lograr sin una disminución urgente de los sectarismos y radicalismos teóricos y técnicos que hoy los separan.

Una de las claves para que la psicología clínica y la psico(pato)logía puedan soportar el embite de «la ola biologista que nos invade» (de nuevo), consiste en una perspectiva más amplia de la investigación sobre las técnicas. Cada vez hemos de prestar más atención a la investigación no tan sólo de la eficacia y la eficiencia, como reduccionistamente nos demandan, sino también de los otros rasgos diferenciales de la calidad de cualquier terapia: efectividad, seguridad, accesibilidad, oportunidad, balance autonomía-heteronomía, etc. Es un asunto en el que también vengo insistiendo últimamente (Tizón, 1997a; Tizón *et al.*, 1997b; Tizón, 1997c).

Para terminar este breve y polémico comentario: a pesar de todo lo anterior, hemos de reconocer que nuestro conocimiento de las explicaciones y motivaciones de la conducta (significante) y de las representaciones mentales humanas resulta a menudo aún incipiente, deslabazado, atomístico o apriorístico... Mientras, la psicopatología y sus consecuencias son cada vez más conocidas, valoradas, temidas... Ello nos ha colocado, como psicólogos y como profesionales,

en una delicada situación que parece que puede durar decenios: digan lo que digan supuestos «resultados milagrosos de maravillosos tratamientos ultrabreves y baratos», el tratamiento de los trastornos mentales hoy en día sigue siendo largo, complejo, costoso, jalonado de sufrimientos, errores y conflictos... Un campo de investigación y trabajo teórico y técnico prioritario es pues el de la *prevención y la promoción de la salud (mental)* en sus diversos niveles y posibilidades. Y se trata de un campo en el que, si supiéramos organizarnos, complementarnos y colaborar, como psicológicos y como profesionales tendríamos «mucho y bueno» que ofrecer a una humanidad que, «a trancas y barrancas», pero llena de esperanza y deseos de vida, camina hacia el siglo XXI.

## REFERENCIAS

- Bofill P., Tizón, J.L. (1994). *Qué es el psicoanálisis: Orígenes, temas e instituciones actuales*. Barcelona: Herder.
- Tizón, J.L. (1978). *Introducción a la epistemología de la psicopatología y la psiquiatría*. Barcelona: Ariel.
- Tizón, J.L. (Coord.) y De la Lama E, Díaz-Munguira J.M. y Salamero M. (1986). *El biologismo: implicaciones teóricas, repercusiones en la asistencia sanitaria*. Barcelona: Informaciones Psiquiátricas.
- Tizón, J.L. (1996). *Componentes psicológicos de la práctica médica*. Barcelona: Bibliària, 1996 (5a ed.).
- Tizón, J.L. (1997a). Cognitivism, psicoanálisis, psicobiología. *Revista de Psiquiatría. Facultad de Medicina. Barcelona*, 1997, 24: números 2, 4 y 6.
- Tizón, J.L., San-José, J. y Nadal, D. (1997b). *Protocolos y programas elementales para la atención primaria a la salud mental*. Barcelona: Herder.
- Tizón, J.L. (1997c). Prevención de los trastornos de salud mental. En PAPPS y SEMFYC. *Curso a distancia de prevención en atención primaria. Módulos 5, 6 y 7*. Barcelona: Sociedad Española de Medicina de Familia y C.